

La Ilustración Artística

JOSE A. NEVADO
MADRID
S. BERNARDO, 10, PRAL

AÑO XXIII

BARCELONA 22 DE FEBRERO DE 1904

NÚM. 1.156

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

CAÍN, ESTATUA EN BRONCE DE FEDERICO HEINEMANN

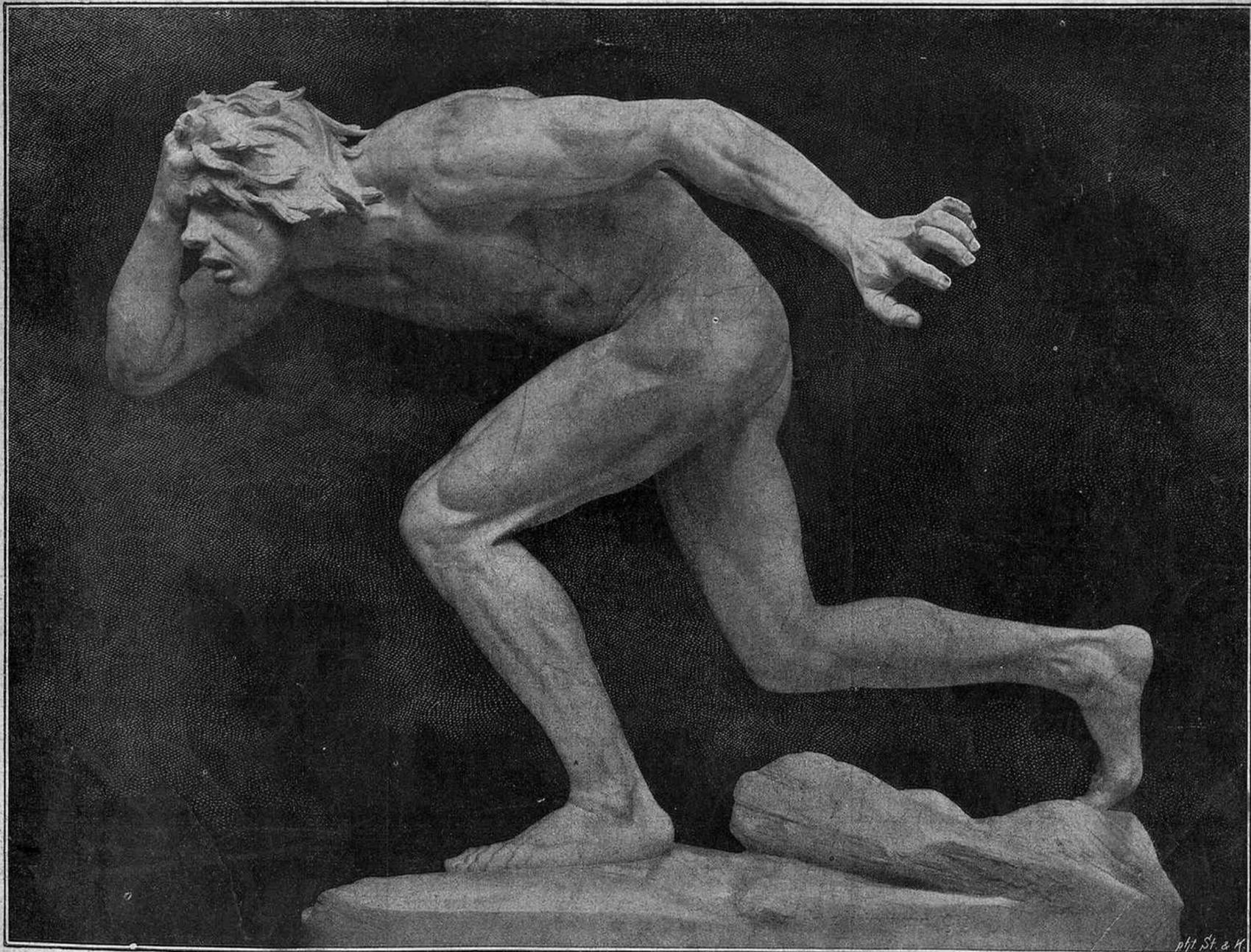
El escultor berlinés Federico Heinemann comenzó su carrera artística esculpiendo madera, es decir, dedicándose á trabajos menos académicos que decorativos, y esta circunstancia, tratándose de un talento natural como el suyo, más bien hubo de favorecerle que perjudicarlo, pues sus dotes innatas se desarrollaron, en sus primeros tiempos, libres de trabas que á veces malogran las más felices disposiciones.

Hizo sus primeros estudios en la Escuela de Bellas Artes de Nuremberga, los prosiguió durante tres años en Berlín y fué nombrado profesor de la Real Escuela del Museo de Industrias Artísticas de la capital de Alemania.

Mas no tardó en consagrarse al arte propiamente dicho, produciendo obras notabilísimas, á las cuales ha sobrepujado la que al pie de estas líneas reproducimos y en la cual se presenta como escultor de alto vuelo, dotado de una concepción potente y de un talento de ejecución vigoroso. En esta soberbia figura, la culpa pesa con fuerza enorme sobre el primer fratricida, dobla con irresistible impulso su cuerpo hercúleo y contrae en violento esfuerzo sus enervados músculos. Delante de él se abre la sima de la muerte; sus rodillas flaquean, y mientras con la mano izquierda busca un apoyo que no encuentra para no caer en el abismo, oprímese con la diestra la frente, debajo de la cual adivinamos un mundo de horribles pensamientos y un infierno de sufrimientos espantosos.

Este momento es el que ha tratado admirablemente el artista: ese hombre, antes fuerte, de gigantesca estatura, de hermosas proporciones, está á punto de caer rendido, extenuado, para no levantarse más. Y esta situación grandiosamente concebida, nos la presenta el escultor en una forma no menos grandiosa, verdaderamente monumental, con un poder de expresión superior á todo encomio; los movimientos del cuerpo, no obstante el desfallecimiento de éste, son realmente estatuarios, y en su rostro se reflejan por modo admirable las primeras ansias de la muerte, y sobre todo los terrores de la culpa.

La estatua es de bronce mate: sólo en los ojos y en los dientes conserva su brillo natural, contribuyendo esto á hacer más intensa la impresión que la contemplación de esta obra produce.



CAÍN,
estatua en bronce de Federico Heinemann

pl. St. & K.

SUMARIO

Texto.— *Caln*, estatua en bronce de Federico Heinemann. — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *La balada de Hajem-Al-Adar*. — *Leyenda árabe preislámica*, por Pompeyo Gener. — *Retrato de María Antonieta*, pintado por Jacobo Luis David. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Nuestros grabados*. — *Problema de ajedrez*. — *La novela de un viudo*, original de Salvador Farina, con ilustraciones de B. Gili y Roig. — *Las maravillas de la cirugía moderna*. — *El silencio es oro*.

Grabados.— *Caln*, estatua en bronce de Federico Heinemann. — Dibujo de Triadó que ilustra la leyenda árabe preislámica *La balada de Hajem-Al-Adar*. — *Busto de María Antonieta*, pintado por Jacobo Luis David. — *Tarde de verano*, cuadro de Carlos Vázquez. — *El cementerio de los perros en París*. — *Grupos de soldados japoneses*. — *Una calle de Mukden, capital de la Mandchuria*. — *Consejo de hombres de Estado coreanos*. — *Tren cargado con refuerzos rusos que se dirigen a Puerto Arthur*. — *Siao-Yank, estación de ferrocarril de la Mandchuria*. — *Una calle de Masampo (Corea)*. — *Entierro de un niño en una aldea de Italia*, cuadro de Luis Nono. — Aplicaciones del radium y de los rayos Roentgen a la cirugía. — *La sultana favorita*, cuadro de Joaquín Agrasot. — *Un remendón*, cuadro de Juan Pinós.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sería curioso averiguar qué relación existe entre ciertos estados de ánimo en los pueblos, y el incremento de las públicas distracciones. Que nos domina el pesimismo no puede negarse; que las circunstancias no son rientes, con la depreciación de la moneda, las amenazas de la guerra extranjera y sus probables *salpicaduras* y las inquietudes interiores (no les demos más nombre que este eufemismo), tampoco me parece discutible; y al mismo tiempo ningún año los cascabeles del Carnaval han sonajado con mayor viveza, ni una muchedumbre más compacta se ha estrujado a la puerta de los bailes públicos, cuyo número aumenta todos los días en proporciones sorprendentes.

Allá por los años primeros de la Regencia, el único baile de máscaras algo animado y de cierto buen tono en medio de la inevitable mezcolanza característica de este género de diversiones, era el baile de Escritores y Artistas. Sólo a éste podía ir de tapadillo la curiosa dama partidaria de *verlo todo*, ó la celosa furibunda sedienta de apurar hieles y acibares de desengaño. Sólo allí se esperaba regalar el oído con la ingeniosa bromista ó inquietar el corazón con el vivo impensado galanteo. Sólo allí no corría grotesco bromazo infaliblemente el incauto que pasándose de fino invitaba a cenar a la del azul dominó, para encontrarse, al caer el antifaz, con la cónyuge ó la madre política, episodio de la vida burguesa del cual han usado y abusado los saineteros. Hoy se pierde la cuenta de los bailes caros, revueltos y con posdata de cena más ó menos neroniana que alborotan a Madrid en tiempo de Carnestolendas. Baile de Escritores; baile de la Caridad; baile del Centro gallego; baile del Círculo de Bellas Artes; baile de la Prensa; baile Azul, y cito los más sonados. Claro que no los confundo: en todo hay matices, clases, categorías sociales, y en nada tan marcados y significativos como en lo que al parecer se asemeja como dos idénticas gotas del torrente de la locura.

Comparad el baile caritativo, ostentosa revista de joyas, trajes y caras conocidas de damas auténticas, á otros donde el antifaz oculta semblantes que no habrían menester cubrirse porque nadie les pondría encima un nombre. Con los ojos cerrados y sólo por el olor podrían diferenciarse estas asambleas de gente de buen humor y dispuesta á pasar el rato. Cada clase social tiene su aroma, su emanación propia; y si fuésemos tan sutiles de sentidos como los perros de caza, no necesitaríamos fijarnos en la ropa: el rastro bastaría.

¡El rastro! De todo lo que revela nuestra personalidad, lo más delator es esa imperceptible emisión de corpúsculos, estela que el salvaje sigue y que denuncia á su animosidad el enemigo cercano. Una de las inferioridades de la civilización es no oler el peligro, no rastrear la emboscada. El instinto, lo profundo y espontáneo de nuestra percepción, se adormece y embota entre las múltiples excitaciones de la cultura cerebral y la vida civilizada. A medida que desarro-

llamos el hombre pensante, debilitamos al robusto y hercúleo centauro cuya sabiduría nace del instinto infalible.

Volviendo al fenómeno del incremento de los bailes públicos en tiempos de francos á 40, de huelgas, de escasez y crisis, de conflictos políticos y avance de las ideas intranquilizadoras..., acaso se deba á esto mismo el afán de echar canas al aire. La historia ofrece reiterados ejemplos de esta combinación de alarma y gaudeamus. Después de la peste negra de Florencia, les entró á los florentinos un afán desmedido de gozar y reunirse en banquetes y fiestas, y sobre todo de amar, que representaba el desquite de la vida sobre la muerte. A las degollinas de la Revolución Francesa—que es la revolución por antonomasia—siguieron las lupercales del Directorio, y nunca más locas gasas danzaron en torno de cuerpos más agitados por la fiebre del placer. En el individuo y en la sociedad produciéndose tales acciones y reacciones porque la continua depresión del ánimo sería letal.

Existe en mi tierra una costa brava que recibe, en el lenguaje popular, el nombre de *Costa de la muerte*. Cada año la marina inglesa paga su tributo á los bajíos, escollos y arrecifes de la temible orilla. Allí, como en las costas de Bretaña, la niebla se condensa y espesa de tal modo, que el marino más experimentado corre al naufragio sin advertirlo. Dos cosas compiten para impresionar el ánimo: el riesgo espantoso y la perseverancia con que los ingleses lo afrontan. Han puesto en el mar su grandeza y se dan cuenta exacta de que en todo lo que nos engrandece precede lucha mortal. El telégrafo nos dice que acaba de perderse un vapor inglés, quizás el *Oravia*, procedente de la América del Sur. La costa se halla desguarnecida de faros y señales, y la prensa regional riñe una campaña para que esta necesidad sea atendida. ¿Nos lo agradecerán los ingleses? ¿Verán en ello un indicio de nuestro «saneamiento» como nación?

No rondan los ingleses nuestra costa fatal de Galicia sólo por el atractivo del peligro, que embriaga á los fuertes. Giran en derredor de lo que ven en sueños; y al decir sueños no quiero expresar, ¡ojalá!, imposibilidades. Nunca galán de comedia de capa y espada, nunca codicioso de comedia de Molière, nunca pretendiente cesante en acecho de la reposición ansiada puso al servicio de su deseo una voluntad más firme. Gracias á recientes estudios son conocidos los progresos de la catequesis protestante en los pueblecillos de la costa gallega. La ría de Arosa y el pueblecillo de Marín están invadidos por los misioneros de la religión reformada.

Esto parece á primera vista cuestión espiritual y no es sino política exterior, de la muy peliaguda. Los ingleses, creyentes, sí, señor, y observantísimos, y cuanto ustedes gusten; pero á Dios rogando y con el mazo—un mazo que semeja la clava de Hércules—dando á diestro y siniestro. Donde haya un ciudadano inglés hay un agente activo y leal... de Inglaterra, por supuesto. ¡Así pudiéramos decir lo mismo de los españoles!

Vanamente se pretende relegar al panteón de los dioses muertos al patriotismo. Hoy caracteriza á las naciones superiores, igual que las caracterizaba en tiempo de Pericles y Alejandro.

Se ha abierto una información en extremo curiosa acerca de si el patriotismo es compatible con el amor de la humanidad—lo cual no me parece un problema ciertamente,—y merecen la pena de ser notadas algunas opiniones que en la lista figuran.

Denis Cochín: No cree que desaparezcan la idea y la necesidad de la patria mientras no entremos en comunicación y por ende en rivalidad con algún otro planeta—Marte, verbigracia.—La humanidad es algo abstracto y la patria concreta nuestro sentimiento, elevándolo por cima del egoísmo individual.

Pablo Deroulede exclama: «Si debemos amar á nuestros semejantes, nadie tan semejante á mí como el francés.»

De Dion: «Quien afirma que ama á todos los hombres de igual modo, en realidad sólo se ama á sí mismo.»

Urbano Gohier: «Los sentimientos humanitarios aparentemente se afirman: en la realidad, es otra cosa. La guerra del Transvaal, la de Filipinas, etcétera, nos desengañan. La idea de patria podrá modificarse, pero es físicamente imposible su desaparición.»

Goyau: «El compatriota es el prójimo visible.»
Lepelletier: «La misma brutalidad del sentimiento patrio parece necesaria.»

Lockroy: «Los hombres no son hermanos sino en teoría.»

Poincaré: «Lo que más coopera al adelanto del espíritu humano es el afán de cada pueblo por acrecentar su poderío.»

Lord Avebury: «No cabe dudar que el patriotismo es sentimiento de altura.»

Barzellotti: «No conseguirán los colectivistas que la patria se desvanezca y pierda en la humanidad.»

Enrico Ferri: «Aunque ardiente socialista, soy profundamente patriota. Es la perversion del patriotismo lo inconciliable con el amor de la humanidad.»

Ernesto Haeckel: «El patriotismo es tan legítimo como el humanitarismo, aunque parezcan contradecirse.»

Luis Kossuth: «En el corazón del hombre no cabe el mundo entero.»

César Lombroso: «Conservemos el patriotismo, al servicio de generosos ideales.»

Mommsen: «El género humano no puede arreglarse si suprime el patriotismo.»

Max Nordau: «Desconfío de los hombres que protestan amor á la humanidad, y empiezan por volver la espalda á lo que tienen más cerca, que es su patria.»

Novicow: «La existencia simultánea de las patrias es tan necesaria como la existencia simultánea de los individuos.»

Verga: «El patriotismo es indispensable, porque la humanidad se compone de hombres y no de filósofos humanitarios.»

Nótese que estos son pareceres de intelectuales, de aquellos en quienes el sentimiento de patria está enflaquecido... Si preguntásemos á gente instintiva, no respondería de otro modo en la esencia, cualquiera que fuese la forma.

Es tan agradable poder felicitar á los gobernantes por algo, que no suelo desperdiciar la infrecuente ocasión. La idea de conceder á la mujer algunas modestas plazas en el Banco de España me dicen que ha nacido del Sr. Maura. Cuando vea el eminente orador el apremio de solicitudes y recomendaciones que con tal motivo se han producido; cuando considere la avidez con que se han arrojado á ese pedazo de pan, acaso se despierte en su mente otra idea feliz y busque nuevas formas de abrir á la mujer otros caminos de vida honrada é independiente. El Estado protege al varón, á su trabajo, no pocas veces á su holgazanería (véanse las oficinas á todas horas). Si se permitiese á la mujer hacer oposiciones á las mismas plazas que el hombre desempeña; si en esta materia la concurrencia se autorizase, la mujer ganaría, y el servicio público también.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

La historia es una buena consejera porque es la experiencia comprobada y condensada.

C. DE MAZADE.

Los pueblos jóvenes sólo ven lo que pueden ganar; las naciones viejas piensan en lo que pueden perder.

GROSCLAUDE.

El teatro es la literatura de las personas de mundo que no tienen tiempo de leer.

SAINTE-BEUVE.

La crítica es el arte de pasar por hombre de gusto á fuerza de hacerse el melindroso.

ADRIANO DE COURCELLE.

No te quejes de tu tiempo: si te parece malo, pregúntate que has hecho para que sea mejor.

TOMÁS CARLYLE.

Hay momentos en que la mejor manera de amar á la humanidad es amar á la patria.

VICTOR HUGO.

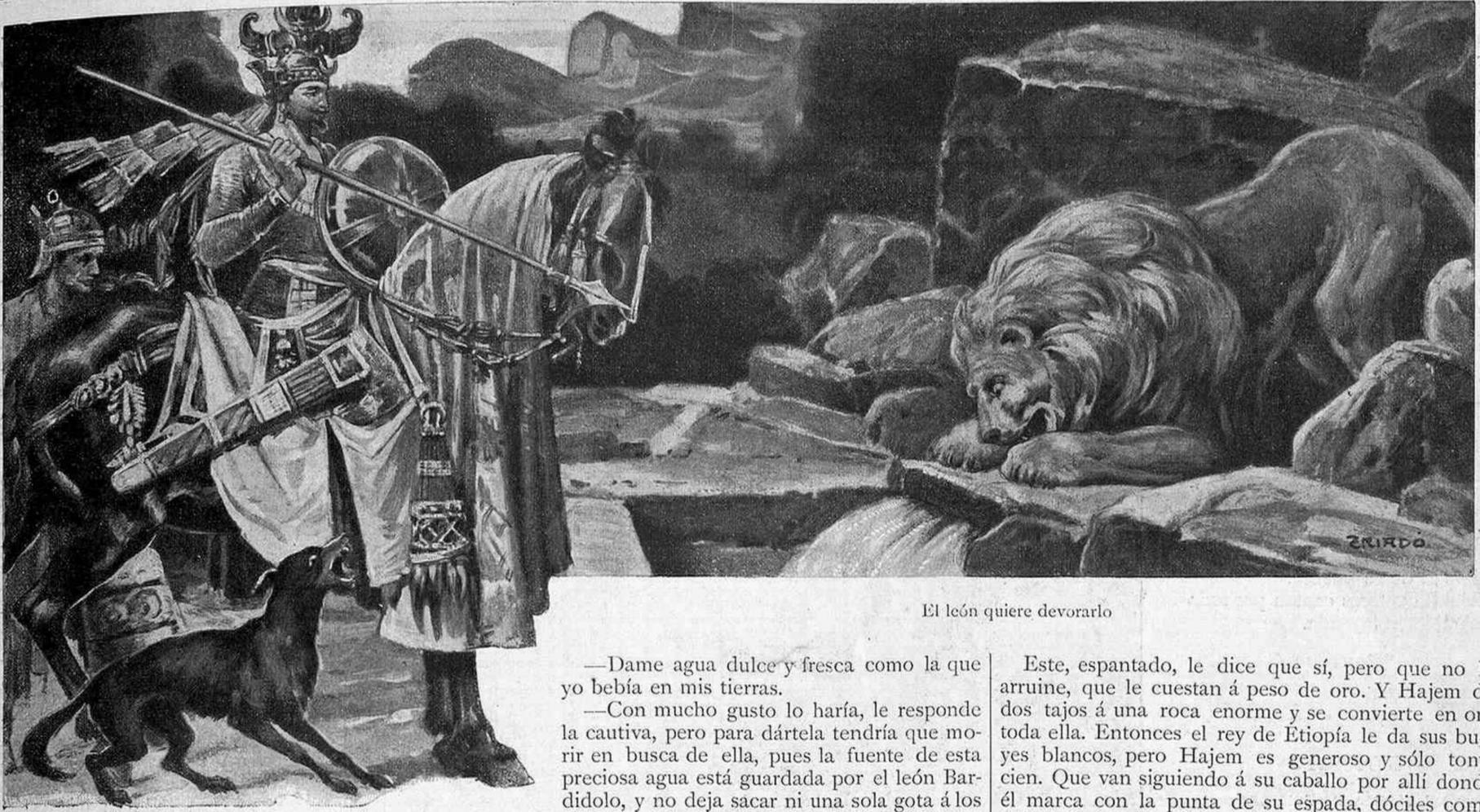
Las revoluciones nacen de causas pequeñas y responden á intereses grandes.

CHALLEMEL-LACOUR.

Nuestros progresos nos cuestan caros: los del arte militar no tienen otro objetivo que la destrucción; los de las artes, que sirven para nuestros intereses ó para nuestros placeres, se pagan á menudo con hecatombes.

No siempre somos artífices de nuestra suerte; pero siempre podemos ser colaboradores de la misma.

G. M. VALTOUR.



El león quiere devorarlo

LA BALADA DE HAJEM-AL-ADAR

LEYENDA ÁRABE PREISLAMITA

Hajem-Al-Adar era apuesto y gentil, bravo y leal, poeta y guerrero, y además hijo de uno de la noble raza de los Beni-Adar, originarios de Medina. Su abuelo Khalá-Adar era un hombre virtuoso que poseía un talismán, que obraba en razón directa de la virtud que tenía el que lo llevaba encima. Y este talismán le hacía invulnerable. También le permitía en caso de necesidad suprema el adoptar todas las formas de los animales y hasta le volvía invisible si era preciso. Y este talismán era una espada.

Hajem era noble, bello y generoso y tenía todas las grandes cualidades necesarias para reinar; pero su padre, que era rey de los Beni-Isul, murió cuando él era niño y su tío Aben-Muza le robó el trono. Aben-Muza busca la manera de hacerlo morir sin que se sepa.

Pero Hajem se escapa y anda día y noche acompañado de su fiel espada, que lleva pendiente de un talí incrustado de placas de oro. Todo el mundo le ha abandonado. No le acompañan más que su perro, un esclavo fiel y su espada, en cuya hoja hay damasquinado este lema: «*Conmigo y un buen corazón tienes bastante.*»

Hajem llega al campo del rey de los Beni-Huandé en Israim Damga; allí se da á conocer y es colmado de fiestas.

Pero su tío es muy poderoso, y el rey de los Beni-Huandé es débil, tanto, que no puede esperar socorros de hombres en armas. Hajem hace venir á su madre y á sus hermanas y las pone bajo la protección del rey de los Huandé. Y se marcha.

Y Hajem marcha montado en su caballo, con su espada; su perro y su esclavo le siguen, y atraviesa ríos y llanuras hasta que llega á encontrar en Africa á El Kebir, el gran caudillo de los moros, que tiene siempre diez mil guerreros prontos á entrar en combate. El Kebir está en su campo rodeado de las mujeres más hermosas, de los rebaños y de los camellos.

—Yo soy Hajem, le dice, á quien mi tío Muza ha desposeído. Dame un ejército para combatirle y reconquistar mi trono. Así habrás defendido la justicia, dando auxilio al débil contra el opresor, y todo el mundo dirá que eres un gran Cadí, bravo, noble, justiciero.

El Kebir le dijo:

—Seas bien venido.

Y le da hospitalidad en tienda magnífica y le regala una lanza. Pero no quiere probar fortuna contra Muza, que es muy poderoso. Y Hajem quiere vengarse.

Hajem come el *cus-cus* en su tienda y no sale de ella; y bebe agua del desierto, infecta y salobre. Un sirio le ofrece vino, y lo rehusa.

Hajem dice á una esclava de El Kebir:

—Dame agua dulce y fresca como la que yo bebía en mis tierras.

—Con mucho gusto lo haría, le responde la cautiva, pero para dártela tendría que morir en busca de ella, pues la fuente de esta preciosa agua está guardada por el león Bardidolo, y no deja sacar ni una sola gota á los que no consienten darle una doncella al me-

no; cada año para que la devore. Si se acerca una esclava, al momento la destroza.

Hajem se entera de dónde se halla el monstruo. Toma un odre y se va derecho á la fuente. El león quiere devorarlo, pero Hajem desmonta su caballo y se le hace invisible; al blandir su espada encantada, el león no veía más que una espada que volteaba por el aire. El león, lleno de heridas, lanzaba rugidos que sembraban el terror en el desierto. Los moros no se atrevían á salir de sus tiendas. Por fin, de un tajo la espada de Hajem degolló al león.

Entonces, dirigiéndose al caballo, plantó su lanza cerca de la fuente. Ató á ella su perro y dejó al lado uno de sus acicates, y volviendo á montar, partió con el odre lleno de agua, reuniéndose con su esclavo, que le esperaba allí cerca.

La nueva del combate conmovió todo el campo moro. Todos quisieron ver al monstruo degollado. Y todas las doncellas, incluidas las hijas de El Kebir, están radiantes de alegría por tal proeza. El Kebir no sabe quién lo ha muerto, y El Kebir dice:

—Que el vencedor se dé á conocer, que quiero premiarlo para que todos lo admiren.

Y la esclava exclama, ella que de lejos siguió al caballero Hajem:

—El que lo ha vencido será el que sepa desatar el perro de la lanza, desclavar la lanza del suelo y ceñirse al pie el acicate.

Todos los guerreros de El Kebir se atribuyen la victoria; todos quieren desatar el perro, pero el perro les muerde; todos quieren desclavar la lanza, pero la lanza no se desclava de la tierra; todos quieren calzar el acicate, pero el acicate les quema el talón y han de soltarlo.

—¿Cuál es, pues, el que ha vencido al león?, El Kebir exclama.

Y Hajem se aproxima. El perro le llena de caricias, la lanza cede y el acicate calza su pie, igual al del otro pie, que llevaba puesto. Todos le admiran. Las doncellas le bendicen. Y El Kebir le dice:

—Tú eres el más valiente entre todos los valientes. Mi hija y mis tesoros te pertenecen.

Pero Hajem tiene sólo una idea, la de castigar á su tío, y exclama:

—Acepto, pero á condición de que me des tu ejército.

El Kebir duda. Y pide á Hajem otras proezas. El rey de los etíopes tiene muchos bueyes blancos, que jamás nadie más que él ha poseído.

—Hajem, tráeme los bueyes blancos.

Y Hajem parte á Etiopía.

Hajem no es un ladrón. Hajem se presenta al rey de Etiopía y le pide los bueyes, pero el rey se los niega y amenaza con cortarles la cabeza; entonces Hajem saca su espada. Los etíopes quieren prenderle y se hace invisible y la espada voltea por los aires. Los que quieren cogérsela se cortan las manos. Entonces vuelve á aparecerse al rey de los etíopes y le pide los bueyes.

Este, espantado, le dice que sí, pero que no le arruine, que le cuestan á peso de oro. Y Hajem da dos tajos á una roca enorme y se convierte en oro toda ella. Entonces el rey de Etiopía le da sus bueyes blancos, pero Hajem es generoso y sólo toma cien. Que van siguiendo á su caballo por allí donde él marca con la punta de su espada, dóciles como carneros.

Los moros, ladrones que eran, habían partido algo después para robar lo que quedara á continuación del combate, y tienen que volverse con las manos vacías.

Entonces le acusan ante El Kebir, y le dicen que es un traidor, que podía llevarse más de mil bueyes blancos y sólo se ha traído cien, á cambio de una alianza concluida con los etíopes. Y El Kebir condena á muerte á Hajem, cuya cabeza ha de caer sobre la arena.

Pero las doncellas no quieren que el que las ha libertado del león muera. Y ensillan los caballos y le dicen:

—Nosotras te seguiremos. Huye y ábrenos paso con tu espada.

Y con ellas está la esclava, y su esclavo, y su perro. Y Hajem parte, y su espada derriba á todo el que se le opone. Y El Kebir dice:

—Con él se va la esperanza de los míos. Se acabó ya la descendencia.

Y hace que le sigan y le digan:

—Ven, ven en seguida; ¿dónde vas con estas locas que te siguen? Si no vuelves, se acabó la raza. Vuelve, que yo te colmaré de honores y tú mandarás mi ejército.

Y Hajem, que es bueno, vuelve al campo y le dice á El Kebir:

—Dame el ejército para ir contra mi tío.

El Kebir esta vez cumple su palabra. Suenan añafles, los guerreros se reúnen.

Las voces de venganza de Hajem han sido escuchadas. Y todos parten, y él delante de todos.

Los capitanes se agrupan al lado de Hajem. Las cimitarras relucen al sol como sus cascos. La gritería de las mujeres les acompaña.

Antes quiere pasar á saludar al viejo rey de los Huandé, y á ver á su madre y á sus hermanas.

Por el camino encuentra una viejecita, que le suplica que se detenga. Hajem con dulzura le dice:

—¡Dejadme pasar, buena mujer, que voy á ver á mi madre y á mis hermanas!

Pero la vieja le responde:

—Yo soy tu madre, Hajem, ¿no me reconoces? Si me ves tan pobre, tan miserable y tan envejecida, es que el rey de los Beni-Huandé ha sido un malvado. Por miedo á tu tío me echó de sus dominios. Tus hermanas cayeron cautivas y yo ando mendigando en busca tuya.

Hajem salta del caballo, abraza á su madre y llora. Llora y le dice:

—¡Madre, tú serás vengada!

Los guerreros pasan el río á nado y el país de los Beni-Huandé es conquistado, y la madre de Hajem puesta en el trono, rodeada de sus hijas, que fueron descubiertas por el esclavo. Hajem le casa con la mayor y le dice:

—Yo te hago libre.

Y le da mil caballos.

Y Hajem continúa y llega á los Estados que fueron de su padre. Muza el usurpador se dispone á re-

sistirle; pero de repente se le presenta un águila negra que baja por los aires.

—¡Águila, exclama, dime si eres ave ó un genio, y desaparece; si no, teme mi cólera!

Y empuña el arco y le apunta una flecha, y el águila se desvanece; pero al desvanecerse, por un momento, Muza cree haber visto la cara irritada de Hajem y haber oído estas palabras: «Vengo para castigar tu acción infame.»

Aquella misma noche el ejército sitiador toma la ciudad por sorpresa, y al entrar él desaparece; sólo su espada voltea sola en el aire. Y entrando en el palacio, de un tajo cortó la cabeza del tirano Muza, cabeza que es mordida y arrastrada por el perro.

Y Hajem victorioso se da á conocer á sus vasallos, que le aclaman con entusiasmo como soberano del país, y Hajem hace la felicidad de su pueblo.

Y mil cantores cantan por toda la Arabia su leyenda.

POMPEYO GENER.

(Dibujo de Triadó.)

RETRATO

DE MARÍA ANTONIETA

PINTADO POR JACOBO LUIS DAVID

Sabiase que cuando el famoso pintor David pintó el célebre cuadro *Llegada de Luis XV á la Asamblea Nacional* había hecho también un busto de la infortunada reina María Antonieta; pero no se tenía más noticia de este retrato y se suponía con fundamento que los revolucionarios, en su odio feroz á todo cuanto se refería á la familia real, habrían destruido esta obra de arte, como tan-



Busto de María Antonieta, pintado por Jacobo Luis David, cuyo paradero se ignoraba y que ha sido encontrado recientemente

Por fortuna no ha sido así, y recientemente se ha averiguado que el busto pintado por David lo poseía una familia westfaliana; seguramente algunos emigrados se lo llevaron consigo y lo regalaron luego en prueba de agradecimiento á los que les dieron hospitalidad durante el tiempo del destierro. Lo sorprendente es que la existencia de esta obra era conocida en aquel país hasta el punto de que en un libro sobre los monumentos y obras de arte de Westfalia se hace mención de ella, aunque sin indicar el nombre del lugar en que se conservaba ni el de su poseedor; esto no obstante, la noticia no se difundió, á pesar de que hacía tiempo que se practicaban investigaciones, sobre todo por parte de los franceses, para averiguar el paradero de tal retrato. El interés que en Francia despertaba este cuadro se comprende teniendo en cuenta que ni el Louvre posee otro análogo de la desdichada esposa de Luis XVI.

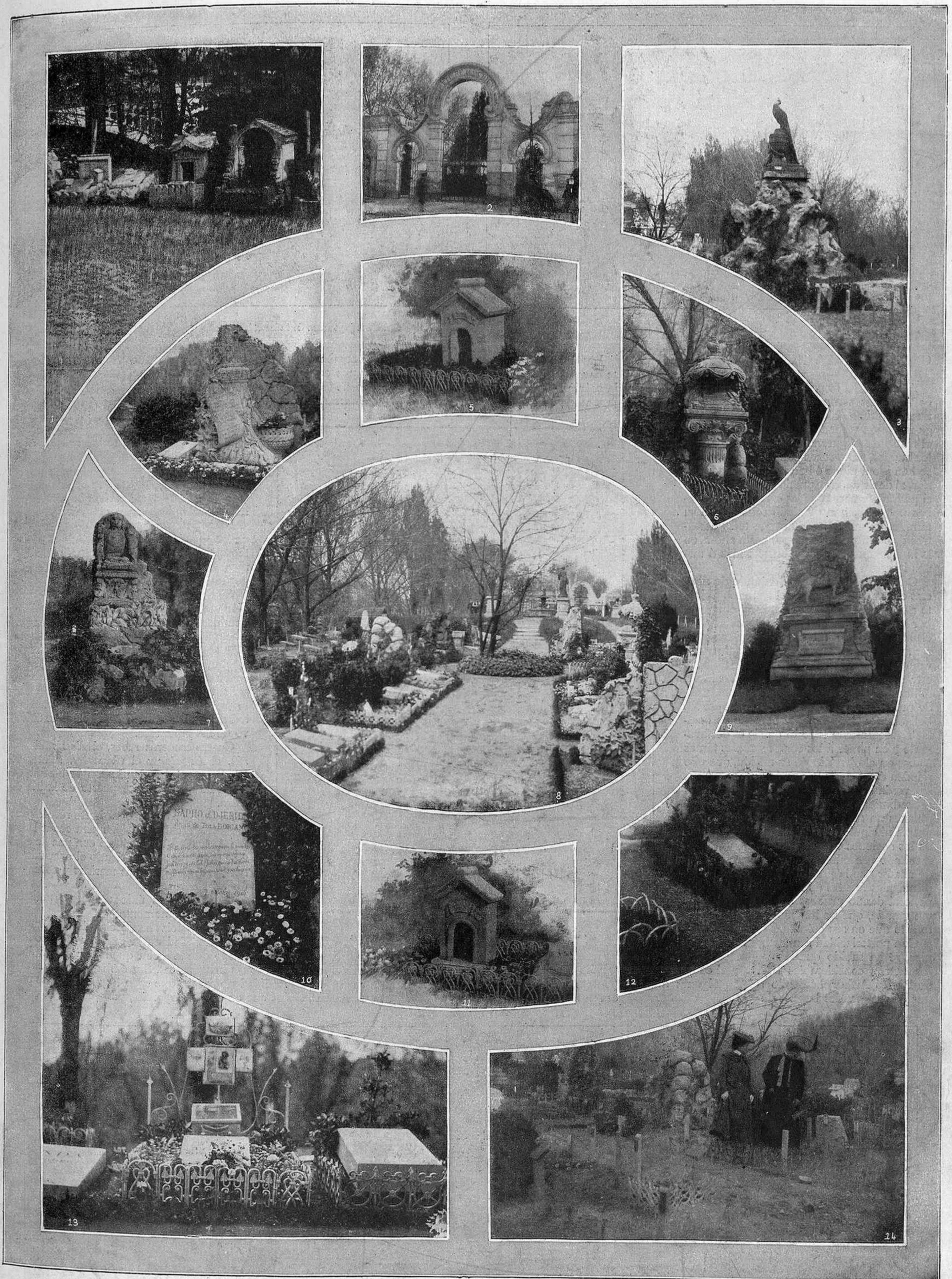
Quien ha descubierto esta joya ha sido un médico de Wiesbaden, gran aficionado á las bellas artes, el doctor Gustavo Hulsemann; cuando lo encontró, el cuadro estaba en un estado deplorable; pero después de haberlo limpiado apareció en toda su belleza: la reina lleva un traje verde muy descolorado con un magnífico broche; va sencillamente peinada y ostenta una rosa en su cabeza.

El valor del cuadro es inmenso; si atendemos á que las obras de ese pintor se llegaron á pagar, ya en vida suya, á más de 100.000 francos, no es aventurado afirmar que la que nos ocupa y que adjunta reproducimos, por las circunstancias especiales que en ella concurren se venderá en algunos centenares de miles de francos.—X.

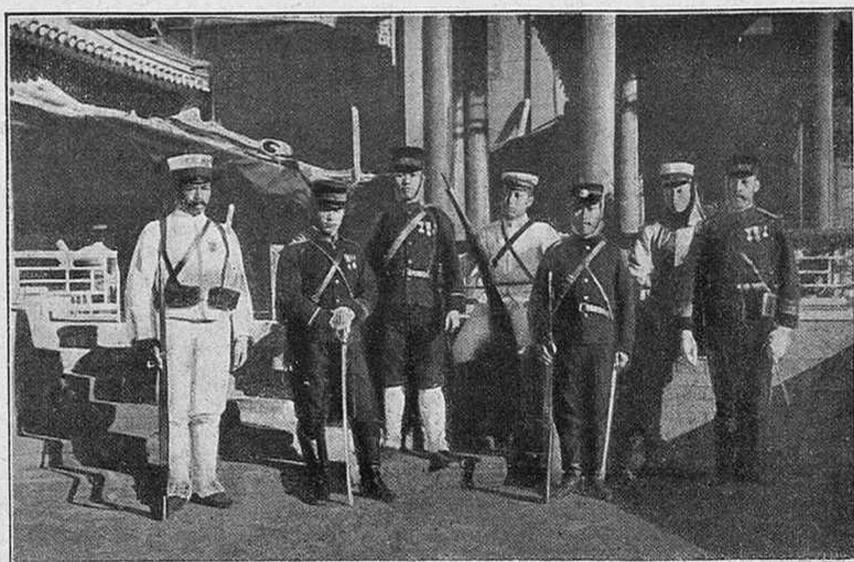
tas otras preciosidades artísticas que no fueron respetadas por aquellas hordas sanguinarias.



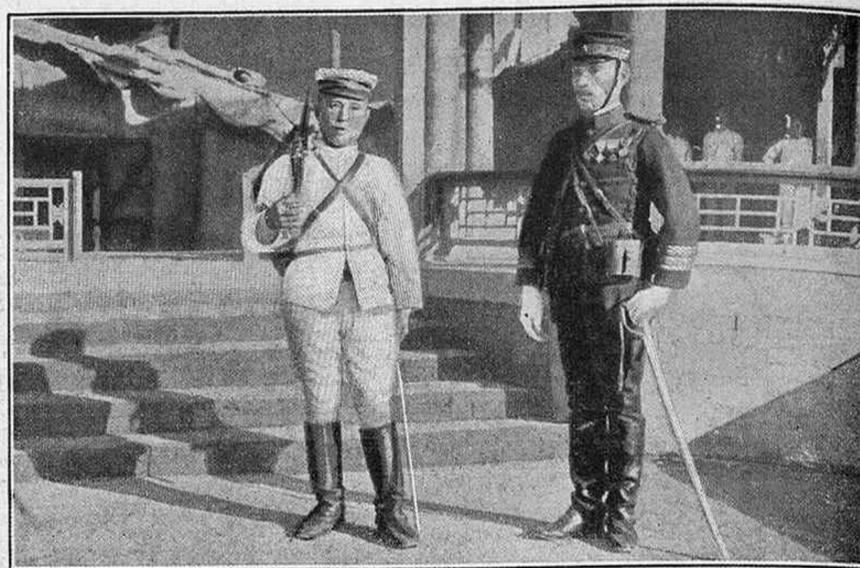
Tarde de verano, cuadro de Carlos Vázquez



EL CEMENTERIO DE LOS PERROS EN PARÍS
 (Véase la descripción de «Nuestros grabados»)



Grupo de soldados japoneses



Soldados japoneses de infantería en uniforme de verano y de invierno

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Aun cuando la prensa diaria llena sus columnas con noticias sensacionales, la verdad es que desde nuestra última crónica no se ha librado ninguna acción verdaderamente importante en el teatro de la guerra. Si fuéramos á contar los buques, tanto rusos como japoneses, que se han ido á pique ó han sufrido graves averías, al decir de las agencias telegráficas, casi podría afirmarse que las escuadras de ambas potencias han quedado reducidas á su mínima expresión; por fortuna tales desastres sólo están, por lo menos hasta ahora, en la imaginación de corresponsales más ó menos interesados.

Orientarse en medio del cúmulo de noticias contradictorias que del Extremo Oriente nos llegan es tarea en extremo difícil; saber la verdad, cuando casi todas estas noticias son al día siguiente desmentidas para ser afirmadas de nuevo al otro y así sucesivamente, es más que difícil imposible. Y esta dificultad y esta imposibilidad, características de todos los casos de guerra, sube de punto en el presente, en que uno de los beligerantes tiene especial empeño en ocultar rigurosamente todo lo que le es desfavorable y en poner á los corresponsales tantas trabas en el ejercicio de su misión, que sólo pueden éstos decir lo que á aquél conviene, sea verdad sea mentira: tal es, en efecto, el procedimiento que siguen los japoneses, de quienes no se puede saber de una manera exacta ni siquiera las bajas que han tenido en las acciones en que hasta el presente han resultado vencedores. Y á todo esto hemos de añadir que la prensa inglesa, una de las principales fuentes de información en Europa, está dando pruebas de una parcialidad tan grande, que no hay modo de dar crédito á lo que en sus columnas se inserta.

Con posterioridad á nuestra anterior crónica, se ha sabido que los japoneses experimentaron considerables bajas en el combate naval de Puerto Arthur, habiendo sufrido algunas averías á tres de sus grandes buques de guerra.

Los detalles que se han ido recibiendo del combate naval de Chemulpo, del que nos ocupábamos en la crónica anterior, demuestran que la victoria de los japoneses, aun siendo innegable, no fué brillante ni

japonesa les intimó en la mañana del día 9 que antes del mediodía salieran del puerto, pues de lo contrario les atacarían dentro de éste. Salieron en efecto los dos barcos y se batieron heroicamente contra fuerzas tan superiores, que no tardaron en ser echados á pique.

Este hecho es, de todos modos, tanto más lamentable cuanto que demuestra cierto descuido de parte del almirante ruso, en no haber ordenado, así que supo el rompimiento de las hostilidades, que dichos dos buques se replegaran sobre Puerto Arthur.

La noticia de la tentativa de desembarco de los japoneses en Puerto Arthur, de que también hablábamos en nuestra última crónica, ha sido categóricamente desmentida por los centros oficiales rusos.

Lo que sí se ha confirmado es la ocupación de Corea por los japoneses, quienes han desembarcado numerosas fuerzas en Chemulpo, Masampo y Gensán: según parece, se proponen hacer de este último puerto el centro de sus operaciones militares y navales, lo que se explica perfectamente por ser este uno de los puntos más relativamente próximos al Yalú, río que seguramente habrá de ser el objetivo del esfuerzo decisivo de los japoneses.

Cuatro cruceros rusos, el *Rossia*, el *Rurik*, el *Bogatyr* y el *Gromoboi*, salidos de Vladivostok, bombardearon la ciudad de Hakodaté, importante puerto de la isla de Yeso.

El *Ienisei*, buque transporte ruso que se dedicaba á colocar minas para cerrar la bahía de Talién-Wan, chocó con una de ellas y se fué á pique, pereciendo el comandante Stepanof, dos guardias marinas y noventa y dos marineros.

Tales son los únicos sucesos militares ocurridos últimamente.

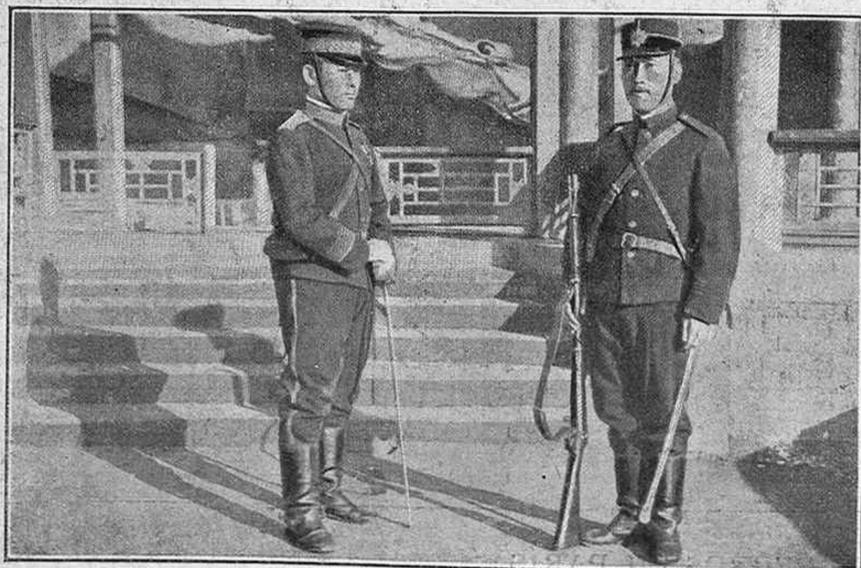
Las potencias han declarado oficialmente su neutralidad en la guerra ruso-japonesa, con lo que la lucha quedará limitada á las dos naciones beligerantes. Sin embargo, en punto á neutralidad no parece que rijan hoy los mismos principios que en otro tiempo. Así, por ejemplo, el empe-



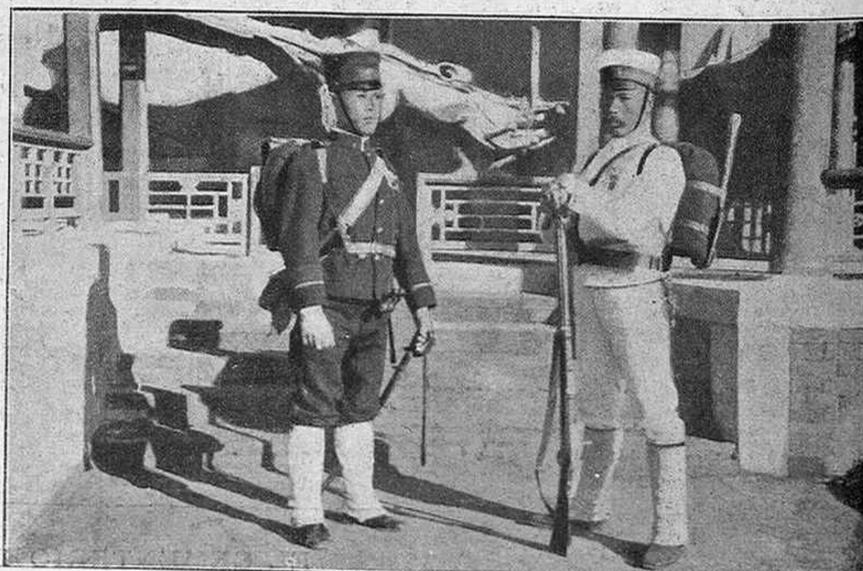
Una calle de Mukden, capital de la Mandchuria

mucho menos. En el puerto neutral de Chemulpo (Corea) hallábanse fondeados dos buques rusos, el crucero *Varyag* y el cañonero *Koreets*; una escuadra

de dos naciones beligerantes. Sin embargo, en punto á neutralidad no parece que rijan hoy los mismos principios que en otro tiempo. Así, por ejemplo, el empe-



Soldado japonés del tren é individuo de la policía militar



Soldados japoneses de caballería en uniforme de invierno y de verano

rador de Corea proclamóse neutral desde el primer día, lo cual no ha sido obstáculo para que los japoneses hayan violado su territorio en distintos puntos cardinales, hayan ocupado la capital estableciéndose en ella como señores y dueños, y hasta hayan trabado allí combates sin preocuparse en lo más mínimo de las prescripciones del derecho de gentes.

Y no ha sido esta la única violación cometida por las fuerzas del Mikado contra las reglas que hasta ahora habían sido respetadas siempre por los pueblos civilizados. En efecto, ya hemos visto cómo atacaron á los dos buques rusos que se hallaban en el puerto neutral de Chemulpo; además han apresado barcos mercantes que ignoraban la declaración de guerra. Y por si esto no fuese bastante, asegúrase, con muchos visos de certeza, que el éxito que tuvo el ataque de los torpederos japoneses contra la escuadra rusa en Puerto Arthur, en la noche del 8, se debió á que se valieron de señales rusas. Y los que así obran se quejan de que los buques rusos que bombardearon Hakodaté no hicieran antes las intimaciones que son de uso tratándose de una plaza no fortificada.

Mas no son los japoneses los únicos que entienden de este modo el derecho de gentes y la neutralidad, según se desprende de la protesta de Rusia contra la conducta de Inglaterra que, á lo que parece, consiente que el puerto de Wei-hai-Wei, arrendado por la nación inglesa á China y que, por consiguiente, debía ser neutral, sirva de base á las operaciones navales de los japoneses.

Una de las cosas que más preocupan actualmente es la actitud que guardará la China en vista de los acontecimientos hasta ahora desarrollados tan cerca de ella y de los que en breve se desarrollarán probablemente en su propia casa, en la Mandchuria. El Japón dice haber aconsejado al gobierno del Celeste Imperio la más estricta neutralidad, y si fuesen cier-

tas las razones contenidas en una nota que el ministro japonés en París ha comunicado á la prensa, bien merecía el Mikado un aplauso por el sentido profundamente moral que revelan sus consejos á su impe-

tos abiertos al comercio. La nota termina con las siguientes palabras: «En el caso en que el gobierno chino comparta los puntos de vista que acabamos de exponerle, el gobierno japonés respetará la neutralidad de China siempre y cuando Rusia respete á su vez esta neutralidad.» Hemos subrayado la última frase porque quizás tiene más intención de lo que á primera vista parece, teniendo en cuenta que los rusos ocupan la Mandchuria, en donde han concentrado todas sus fuerzas de tierra, y que la Mandchuria es una provincia china, sobre la cual no posee Rusia sino derechos precarios y muy limitados.

Lo mismo puede decirse respecto de la nota de los Estados Unidos poniendo gran empeño en hacer declarar á las potencias que reconocen y harán respetar la neutralidad del Imperio chino.

Los gobiernos ruso y japonés han publicado sendos manifiestos explicando, cada uno á su manera, naturalmente, las causas inmediatas de la guerra: como los conceptos en dichos manifiestos contenidos coinciden en el fondo y hasta casi en los detalles con las opiniones de los respectivos embajadores en París que publicamos en nuestra crónica anterior, nos abstenemos de ocuparnos detenidamente de ellos. Diremos únicamente que el de Rusia es conciso y está redactado en términos muy medidos y dignos; y que el del Japón hace la historia minuciosa de todas las negociaciones seguidas antes de la ruptura de hostilidades y procura justificar con largos razonamientos su resolución de poner fin á las gestiones diplomáticas y de declarar la guerra.

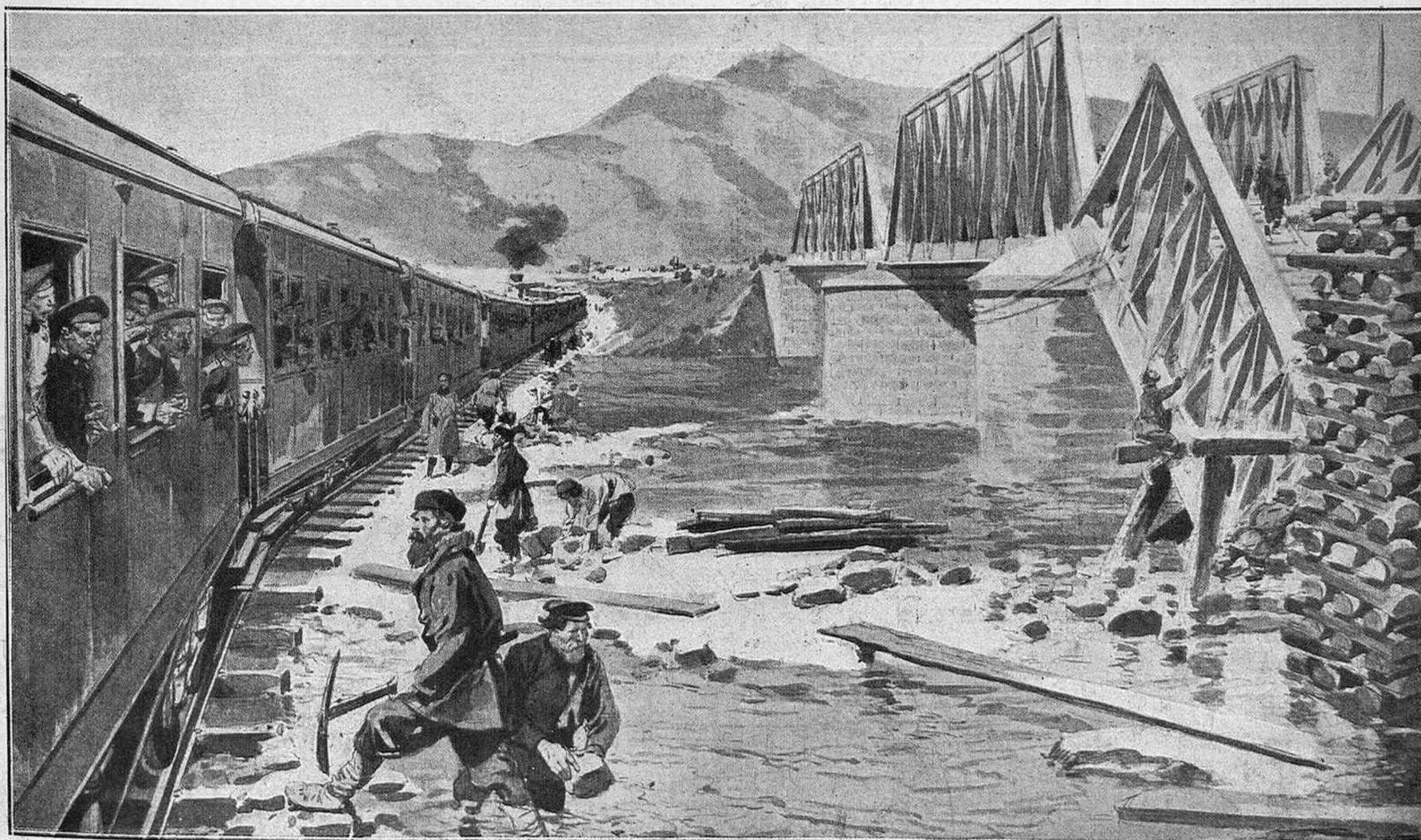
Terminaremos esta crónica copiando una frase del ministro del Japón en Washington, que tiene aplicación á las actuales circunstancias, dado que hace ya varios días que nada nuevo ha ocurrido en el Extremo Oriente: «Cuando no se tengan noticias de la guerra, parece que ha dicho el mencionado diplomá-

terminaremos esta crónica copiando una frase del ministro del Japón en Washington, que tiene aplicación á las actuales circunstancias, dado que hace ya varios días que nada nuevo ha ocurrido en el Extremo Oriente: «Cuando no se tengan noticias de la guerra, parece que ha dicho el mencionado diplomá-

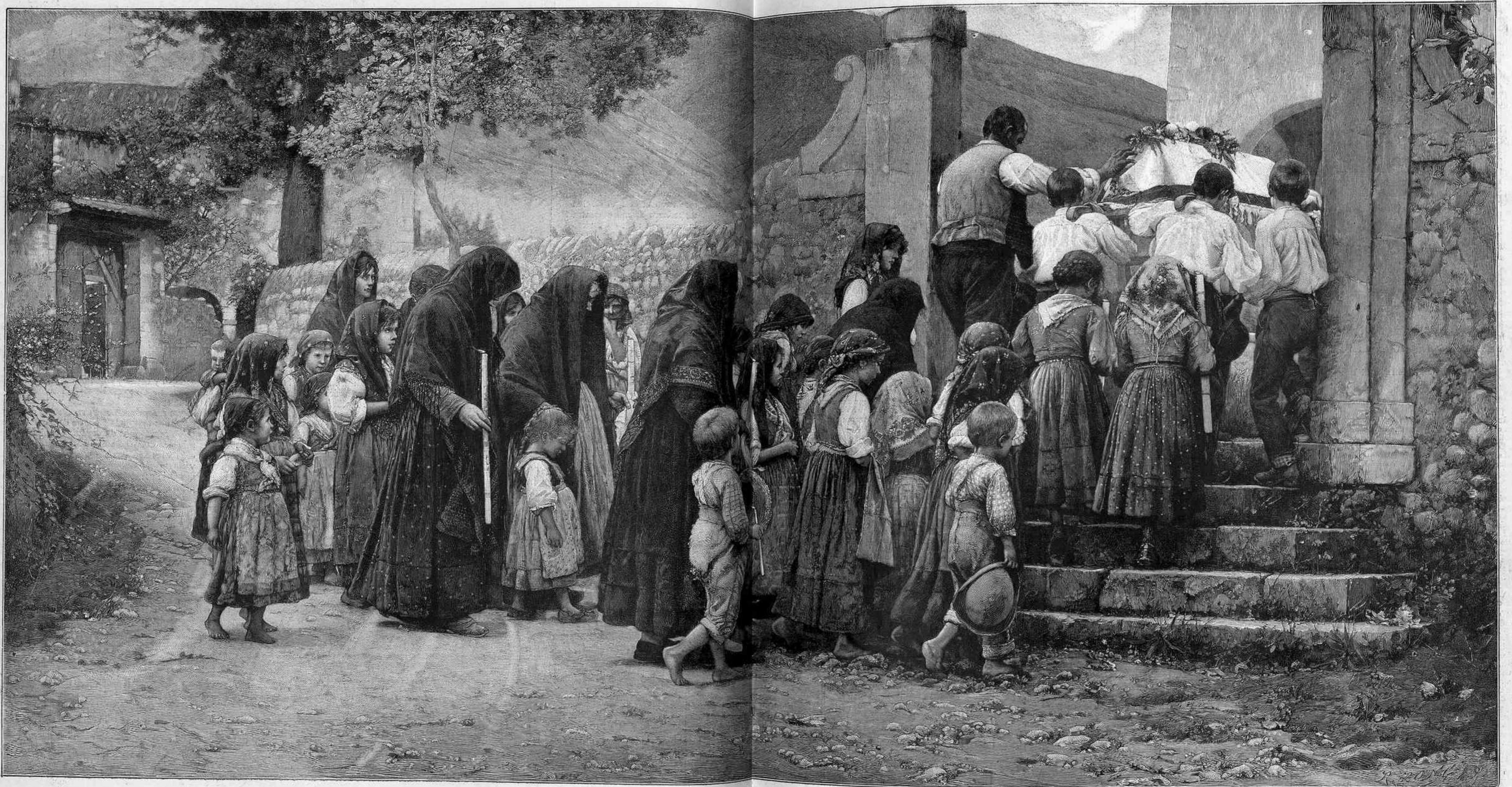


Consejo de hombres de Estado coreanos

rial colega de Pekín: según dicha nota, el Japón, aun conociendo todas las ventajas inmensas que podría sacar de una alianza con China, aconseja á ésta que permanezca neutral: primero, por la obligación de todo beligerante de reducir al mínimo los males de la guerra y por ende de limitar todo lo más posible la extensión del teatro de la lucha á fin de que resulte menos perjudicado el comercio de las potencias neutrales; segundo, por la necesidad de reducir el número de las potencias beligerantes, que en el caso presente han de ser únicamente Rusia y el Japón; y tercero, por la importancia que tiene, en una guerra entre estas dos potencias, el mantenimiento riguroso del orden, así en el interior de la China como en los puer-



Tren cargado con refuerzos rusos que se dirigen á Puerto-Arthur, pasando un puente provisional en el ferrocarril de la Mandchuria



ENTIERRO DE UN NIÑO EN UNA ALDEA DE ITALIA

Copia del celebrado cuadro de Luis Nono, grabado por Ricardo Bong

tico, puede tenerse la seguridad de que algo importante se prepara, pues el principio fundamental de la estrategia japonesa es obrar como una flecha.»

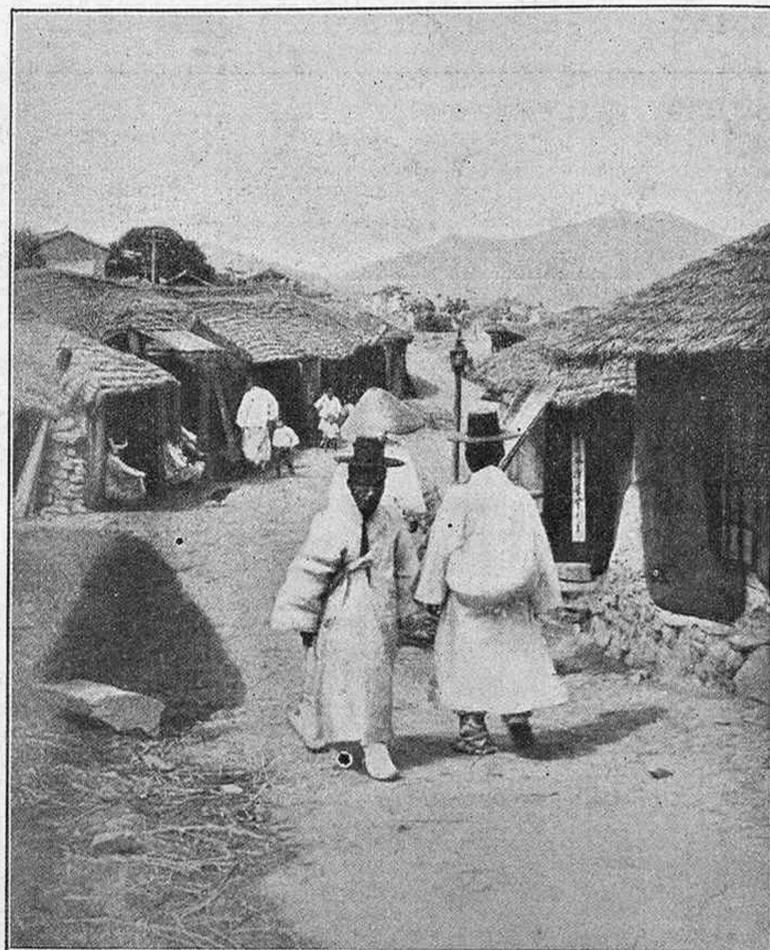
Pronto hemos de ver si la realidad confirma estas palabras.—X.

Entierro de un niño en una aldea de Italia, cuadro de Luis Nono.—La mayoría de los cuadros de este notable pintor italiano, de quien hemos reproducido varias obras en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, se caracterizan por una intensidad de sentimiento que causa en el ánimo una impresión profunda, difícil de olvidar. Y este efecto lo consiguen

ponen vicios y defectos, situaciones y estados de ánimo de gran interés social. Graner ha circunscrito el concepto concretándolo a nuestro país, cual lo ha hecho siempre con todas sus producciones; y así como en su anterior exposición nos dió a conocer en sus admirables lienzos el modo de ser, la vida íntima de ese factor importantísimo del llamado cuarto estado, en los grandes



SIAO-YANG, estación del ferrocarril de la Mandchuria



Una calle de Masampo (Corea)

NUESTROS GRABADOS

Tarde de verano, cuadro de Carlos Vázquez.

—Basta comparar este cuadro con el dibujo del mismo autor que publicamos en el número 1.154 para hacerse cargo de la diversidad de aptitudes de Carlos Vázquez: en el uno, la imaginación del artista encontró en el tema del Carnaval ancho espacio para volar libremente y ejecutar una composición cuyo elemento principal es la fantasía; en el otro, el pintor se ha ceñido a la observación directa del natural, escogiendo, sin embargo, un asunto tan altamente poético, que el realismo casi desaparece en el ambiente ideal que lo envuelve. Obra trazada a grandes pinceladas, de una factura amplia y vigorosa, no es de aquellas que han de apreciarse por la minuciosidad de los detalles, sino por el efecto de conjunto; y desde este punto de vista hay que confesar que *Tarde de verano* es de sugestiva belleza. En efecto, contemplándolo nos parece respirar el aire pesado de las calurosas horas de la siesta, y nos sentimos deslumbrados por los rayos del sol, cuyo brillo apenas mitiga el follaje por entre el cual se filtran para dibujar en el suelo manchas de color y de sombra.

El cementerio de los perros en París.—Hállase situado este cementerio en una isla del Sena, entre Clichy y Asnieres, y apenas se entra en él, mediante el pago de 50 céntimos, quedase el visitante sorprendido ante la multitud, variedad y riqueza de monumentos funerarios que llenan aquel recinto. La sorpresa sube de punto al ver los epitafios que ostentan casi todas esas sepulturas; al leerlos, nadie diría que se trata de homenajes rendidos a animales, sino a seres dotados de razón, a personas queridas que la muerte arrancó de nuestro lado. Comprendemos que es una crueldad y a veces una ingratitud arrojar a un muladar el cadáver del perro que ha sido nuestro fiel compañero y que tal vez con su lealtad, con su instinto y con sus esfuerzos nos ha prestado grandes servicios; nos explicamos, por lo mismo, que se haya pensado en un cementerio para perros; pero de esto a que se erijan a su memoria costosos monumentos y a que se le consagren frases tan sentidas como pudiera ponerlas una madre en la tumba de su hijo, hay una distancia enorme que sólo espíritus desequilibrados pueden salvar. Cuando tantos infelices seres racionales van a parar a la fosa común sin que nada recuerde su paso por este mundo, su existencia llena de privaciones y de actos meritorios, tal vez heroicos, resulta repulsivo que los restos de un animal descansan en una sepultura cubierta de flores, artísticamente adornada con esculturas y lápidas en las que se han esculpido al lado de su nombre tiernas dedicatorias.

Los diversos grabados que constituyen la lámina de la página 141 representan: 1. Monumentos que figuraron en sepulturas cuyo plazo de arrendamiento ha terminado; 2. Entrada al cementerio; 3. Vista general del cementerio; 4. Una sepultura inglesa; 5. Tumba cuyo epitafio dice: «Demasiado sensible para vivir»; 6. Tumba de la perra *Emma*, de la princesa Pignatelli, cuyo epitafio dice: «La única amiga de una existencia errante»; 7. Monumento a Jorge Harmois, fundador del cementerio; 8. Otra vista del cementerio; 9. Tumba del famoso perro de San Bernardo *Barry*, que salvó cuarenta vidas y murió al intentar salvar la cuadragésima primera; 10. Tumbas de los perros del literato Tola Dorian, *Safó* y *Djerid*; 11. Tumba de un perro llamado *Bijou*, que salvó a su ama de un atentado criminal: el epitafio dice: «Era pequeño, pero tenía buenos dientes»; 12. Tumba de la perra *Follete*; 13. «A nuestra buena y fiel *Tosca*»; 14. Damas arreglando las tumbas de sus perros.

el artista no recurriendo a asuntos terroríficos, antes al contrario, trasladando al lienzo escenas de sencillez admirable, pero tan sentidas y con tanto acierto expresadas, que necesariamente establecen entre el que las mira y el que las produjo esa comunicación espiritual que acaba por hacer latir al unísono los corazones de uno y de otro. Véase, en prueba de ello, el cuadro suyo que en el presente número publicamos: la tristeza que su contemplación despierta no emana de ninguno de los elementos aislados que integran la composición; el paisaje es risucfío, claro, alegrado por el sol, animado por los encantos de la primavera, y en ninguna de las figuras que forman el fúnebre cortejo vemos esa expresión desesperada que la presencia de la muerte determina; y sin embargo, el conjunto tiene una melancolía que hace presa en nuestra alma y llega a lo más hondo de ella, haciendo asomar a nuestros ojos las lágrimas y engendrando en nuestra mente tristes pensamientos.

La sultana favorita, cuadro de Joaquín Agravot.—Agradabilísima variante de sus cuadros de costumbres valencianas, que tanta celebridad han dado al distinguido pintor Sr. Agravot, es «La sultana favorita», que reproducimos en estas páginas. Vese en ella la experta mano del maestro que sabe por igual obtener resultados, sea cual fuere el tema ó el asunto que interprete. Siempre será justificada la consideración que merece el excelente pintor valenciano, pues aparte de sus méritos personales, debele Valencia la copiosa colección de sus cuadros de costumbres y la circunstancia de haber contribuido con su ejemplo y enseñanzas a formar el núcleo artístico que tanto honra a la reina del Turia.

Un remendón, cuadro de Juan Pinós.—Fue parte Juan Pinós de aquel grupo de inteligentes y entusiastas pintores que formaron la llamada escuela de Olot, a cuyo frente se destacaba la figura del malogrado Vayreda, y a quienes debe el arte catalán ese movimiento que traduce el modo de ser de la región y expresa uno de los aspectos más razonados de la pintura de nuestro país. Pinós ha sido uno de los más consecuentes, y sus numerosas producciones representan paisajes, tipos y costumbres saturados del sabor de la tierra, bien estudiados é interpretados con acierto y sinceridad dignos de aplauso. A este género corresponde el lienzo que reproducimos en estas páginas, trasunto fidelísimo de un remendón olotense, tipo popular y tan característico cual lo es todo cuanto le rodea, resultando en su conjunto una de las obras más interesantes de cuantas han brotado de la paleta de tan laborioso artista.

Bellas Artes.—BARCELONA. —Salón París. —Exposición Graner. —Decíamos hace dos años al ocuparnos de las varias obras que en este mismo Salón exhibió este distinguido pintor, que ha sido tan rápida y sazónada la transformación artística de Luis Graner, que cada una de las exposiciones que nos ofrece revelan un notable avance, manifiestan la confirmación de una nobilísima tendencia y expresan clara y evidentemente un temperamento de artista que sólo puede apreciarse en quien reuna a las envidiables cualidades del pintor el sentimiento del artista. Graner, durante el transcurso de algunos años, ha producido febrilmente; pero en la diversidad, en la multiplicidad de su portentosa labor, ha resaltado siempre una nota, una tendencia y un concepto. La sólida gama que el pintor ha amasado en su paleta le ha permitido obtener esos admirables efectos de luz y con ellos interpretar la nota de su sentimiento, de ese concepto social que, como las producciones de otros artistas meritorios de Bélgica y Alemania, retratan la época en que vivimos y ex-

centros de población, hoy nos lo presenta en situación más simpática y más noble, ó sea en el acto de desplegar sus energías, entregado al trabajo, precisamente teniendo por escenario la naturaleza en toda su ruda grandeza, cual si tratara de simbolizar la dignificación. Tal es, a nuestro juicio, la verdadera significación del hermoso lienzo *La pesca*, en el que todo aparece tan robusto y elevado cual el tema que ha perseguido el artista y las pinceladas con que ha sabido traducir su pensamiento.

Cuanto a los demás lienzos, sólo hemos de decir que bien pueden ostentar su firma, pues dignos son de su buen nombre, representando el conjunto un nuevo timbre de gloria a la ya alcanzada por Luis Graner.

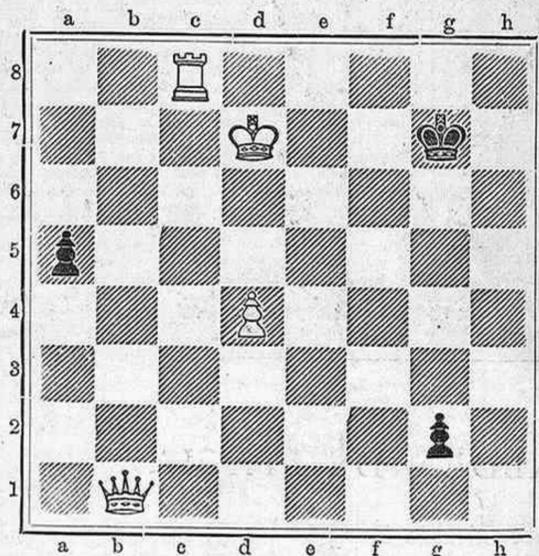
Que nuestras manifestaciones no son hijas de la exageración y sí derivadas de la justificación, demuéstralo el hecho de haber sido obsequiado el artista, por un crecido número de amigos y compañeros de esta capital, con un banquete en el Hotel Colón con el propósito de tributarle un testimonio de simpatía y un homenaje de consideración al artista eminente que, gracias a su inteligencia y personal esfuerzo, ha logrado alcanzar una reputación envidiable y honrar al arte patrio.

Por nuestra parte nos asociamos sinceramente al homenaje y hacemos votos para que prosiga Graner su fructífera labor, en honra propia y en provecho del arte.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 353, POR W. A. SHINKMAN.

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (4 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 352, POR W. LUBCKE.

- | | |
|----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. e2-e3 | 1. Cualquiera. |
| 2. D ó C mate. | |

El dócil *Celesio* prosiguió su viaje

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. — ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

I

De cómo el lector, transportado al teatro de los sucesos, traba conocimiento con un santo y tropieza con un enigma

No puedo asegurar si hacía ocho ó diez días que me encontraba en Lugnano; lo que sí sé es que cuando recibí aquella carta rayaba el alba de un hermoso domingo de agosto, y que precisamente en aquel momento salía yo de casa para gozar del fresco matutino.

La susodicha carta, verdadero modelo de concisión espartana, decía lo siguiente:

«Nos sentaremos á la mesa á las doce en punto.

»RICARDO.—PRÓSPERO.

»Bissone, el día de San Carpóforo, 186...»

El cual lacónico lenguaje, juiciosamente glosado, quería decir:

«Hoy se celebra la fiesta del santo patrón de Bissone; estamos aquí ociosos, no en muy buena armonía con el paraíso, pero en perfecto acuerdo con el párroco y con su cocina. Siguiendo la costumbre de años anteriores, después de los solemnes oficios se procederá á una celebración no menos solemne, y tú solamente faltas para completar la solemnidad. Ven, y encontrarás brazos abiertos para recibirte y estómagos hambrientos.»

Ahora convendrá decir que aquella mañana me había yo despertado de mal humor; que había abierto las ventanas de mi cuarto y puéstome á contemplar el soberbio panorama del lago con esa mirada entre estúpida y ceñuda que es la señal más positiva del tedio y del disgusto.

Jamás me entretengo en transigir con el miserable estado de mi ánimo, y si puedo agarrar á mi ángel malo por los cuernos, no le doy gusto perdiendo el tiempo en divagaciones; así, pues, apenas hube leído la carta y recorrido con la imaginación, para subrayarla, todo el jubiloso y grato conjunto de promesas que en aquella invitación me sonreían, resolví ir á comer á Bissone.

A repentina determinación, rápida ejecución; esto es, créame el lector, casi siempre un buen partido, y tal fué el mío; apenas me repetí: «Iré á Bissone,» cuando ya estaba en marcha hacia la playa. A los diez minutos me hallaba á bordo del *Celesio*, modesto vaporcillo que hace muchos años se pasea solitario por las severas aguas de aquel lago.

Aún no había dado el primer toque la campana de la partida; mas por ponerme con un principio de ejecución en la imposibilidad de retroceder, fuí el primero en pasar á bordo del vapor y en arrellanarme en los asientos de popa con la desenvoltura del hombre que ha jurado divertirse.

Y parece que puse verdaderamente toda mi buena voluntad en ello y que la fortuna me secundara dócilmente, porque el tiempo se me pasó sin sentir, y cuando el sonido de la campana vino á sacarme de mi éxtasis, y noté que á mi alrededor se habían agrupado algunos pasajeros, y que la chimenea empezaba á resollar ruidosamente, despidiendo intermitentes bocanadas de humo, aquel olvido de mí mismo me

pareció un buen indicio, que me regocijó el corazón como alegre todo agüero feliz.

A decir verdad, me sentía otro hombre; la naturaleza, para la cual mi ánimo conturbado por el mal humor no había tenido poco antes el más insignificante tributo de admiración, despertaba ahora en mí ese entusiasmo jactancioso que bebe en todas las fuentes, que se alimenta de ilusiones, que sonríe á todas las cosas creadas y se arroja ávidamente en busca del dolor—entusiasmo virginal de los diez y seis años que todo hombre pierde irreparablemente á los diez y seis años.

No podré decir cuánto tiempo hacía que yo lo había perdido; pero sepa el que esto lea que lo encontré aquel día, y que mi corazón no estaba todavía tan cambiado que no lo conociera y no lo recibiese con agasajo como á un amigo.

Cuando el sol, que remontaba por el horizonte tiñendo de púrpura las cimas de los montes, y el medio disco de la luna que aparecía al lado opuesto como una azulada mancha, y la obscura vegetación de la campiña circunvecina hubieron mitigado las procelosas ondas por las que navegaba mi corazón á todo trapo, me dediqué á otra ocupación que debía hacer que me pareciera más breve el cortísimo viaje y me puse á estudiar á mis compañeros de viaje.

Media docena de ingleses y otros tantos curas componían el pasaje de popa del *Celesio* en la mañana de aquel domingo de agosto.

Los ingleses, fáciles de conocer por su sombrero rodeado de un velo verde, por su modo de hablar sibilante y cortado y por su inevitable libro de memorias, tenían esculpido en la cara su itinerario. «De Lugnano á Capolago, de Capolago á Camerlata, de Camerlata á Milán, de Milán á Roma.»

Los curas no decían ni hacían nada; miraban acá y acullá, á los montes, al agua, á los pasajeros, con ciertos ojos y ciertos rostros serenos que daba gusto verlos. No sé cómo, acudió á mi mente San Carpóforo que dirigía mis pasos, y la doble celebración y la cocina del párroco, y dije para mis adentros: «Estos son mis verdaderos compañeros de viaje, y que los manjares de Próspero se echen á perder si me equivoco.» Pero en esto volví la cabeza y vi á mi lado... No acertó á comprender por qué irresistible impulso me sentí atraído á él; pero lo cierto fué que apenas le vi, me pareció quererle al punto.

Era de aventajada estatura y bien proporcionado, de facciones regulares, pero las meditaciones ó el dolor habían surcado su ancha frente de arrugas precoces. Tendría unos treinta años, pero tan pronto me parecía que no debía haberlos cumplido, como que pasaba de ellos. La naturaleza y los disgustos se deleitan á veces en semejantes falacias.

Tenía la cara apoyada en la palma de la mano y el codo en la borda, y tenía la vista fija ante sí, allá á lo lejos y con gran atención, como quien mira más allá de la tierra.

Seguí casi sin notar la dirección de su pupila, miré las sonrosadas nubecillas que se dilataban lentamente presentando nuevos perfiles, la doble fila de montañas que flanqueaban el seno del lago que conduce á Porlezza y que parecen hundirse bajo la

superficie tersa y tranquila de las aguas, y luego rehice aquel largo camino y volví al rostro triste y pensativo de mi compañero de viaje.

¡Cuánto habría dado por leer en el pensamiento de aquel hombre!

Iba ya á dirigirle la palabra, cuando se apartó bruscamente de mi lado, y dando algunos pasos lentos por la toldilla, fué á sentarse al extremo opuesto de la popa.

—¡Vete al diantre!, exclamé, y volví la cabeza á otro lado con despecho.

Pero no me fué tan fácil volver á otro lado mi pensamiento, y después de un momento de débil lucha, busqué de nuevo á mi desconocido y le seguí con la vista. Sin embargo, estaba decidido á no hacer más. Y entonces noté una particularidad en la que al pronto no me había fijado: que iba vestido de negro de pies á cabeza.

—Vamos á ver, me dije enfrascándome en mi análisis; eso no es un pasajero como todos los demás, y si lo es, ¿cómo no lleva alguna maleta? Tampoco es un aburrido que vaya en busca de distracciones, porque si así fuera pondría un poco de buena voluntad en distraerse, y parecería tener empeño en ello, y pasearía y bromearía con los demás, en vez de esquivarlos y de irse como un hurón á un banco solitario. El aburrimiento tampoco imprime surcos tan profundos en el rostro de un hombre bien nacido, ni obliga á vestirse de luto... ¡Ah! La campana da la señal de llegada: ¿cómo tan pronto?

Y volviendo á ocuparme de mí mismo, eché una mirada alrededor.

—¡Cáspita!, exclamé en voz baja.

—¡Cáspita!, repitió como un eco uno de los curas que estaban cerca de mí.

—¡Cáspita!, volví á exclamar. Aquí hay brujería ó engaño. Esas casitas, esos campanarios, esta rada, no son las casas y los campanarios y la rada de Bissone. Ese pueblo no es Bissone.

—No, no es Bissone, aseveró mi compañero de viaje.

—*Campione*, gritó el conductor á nuestro lado.

—¿De cuándo acá para el *Celesio* en Campione?

—Eso mismo digo yo, contestó el cura. El itinerario no marca escala en Campione.

—¡El itinerario!, dijo D. Pedro. No hay itinerarios que valgan cuando se trata de San Carpóforo: ¿Le extraña á usted esto? Otras muchas cosas se han visto en otros tiempos. Lo cierto es que hoy el *Celesio* hace escala en Campione para tomar á bordo á algún pasajero.

—¿Usted aquí, D. Pedro?, dije. ¿De dónde sale usted que no le he visto hasta ahora?

—De allá, contestó indicándome el departamento de proa; un pobre cura de aldea se ve en la precisión de hacer economías... para la vejez.

—¡Bah! La vejez está aún lejos.

—A Dios gracias, sí; pero los años se vienen encima como los achaques; ¡pobre del que no piensa en ellos oportunamente!..

Yo no escuchaba ya las palabras del reverendo.

—¿Qué mira usted con tanta atención? ¡Ah! Un pasajero que desembarca. ¿Quién es?

En tanto mi desconocido se marchaba. Le vi bajar á la lancha que se separó del vapor á fuerza de remos; le vi acomodarse lentamente en el banco con el mismo aire triste y pensativo..., luego la campana dió la señal de partida, la chimenea volvió á despedir humo y el dócil *Celesio* prosiguió su viaje momentáneamente interrumpido.

Un cuarto de hora después me encontraba enfrente de dos campanarios, y de una fila de alegres casitas, de una ancha rada y de dos olmos gigantescos... Aquellos campanarios, aquellas casas, aquella rada, aquellos olmos, los tenía yo esculpidos en el corazón.

Y la voz del conductor resonó en aquel momento, gritando: *Bisnone*.

* *

—¿Qué hacemos? ¿A qué aguardamos?, preguntó de pronto Ricardo. Hace ya mucho rato que han dado las doce.

—Tu estómago adelanta, contestó Próspero después de mirar con gravedad su reloj. No son más que las doce, siete minutos y veinticinco segundos.

—Siete minutos y veinticinco segundos robados al programa, replicó Ricardo. Lo que es yo, protesto.

—Siete minutos y veinticinco segundos robados á la mesa, dijo Anselmo desde el rincón á que se había retirado; también yo protesto.

—He ahí otro que todavía no ha pronunciado una palabra y que abre la boca para decir que tiene hambre, observó Próspero dirigiéndose á mí; ¿y tú, qué dices?

—Que si el protestar puede servir para que pasemos cuanto antes al comedor, también protesto.

—Vamor á ver. ¿Por qué esperamos?

—Ahí está el *quid*.

—¿No quieres decirlo?

—Es un secreto de Estado.

Al oír esto, salió Anselmo de la sombra amiga de sus castillos en el aire y se adelantó con ademán solemne.

—¿A quién esperamos?, preguntó con el mismo acento con que hubiera dicho: ¡La bolsa ó la vida!

Una carcajada acogió aquella pregunta; pero Anselmo, sin descomponerse, repitió en el mismo tono:

—¿A quién esperamos?

—Voy á deciros algo, contestó Próspero.

—Enhorabuena. ¿A quién esperamos?

—A un forastero.

—¿Inglés, americano, alemán?

—Nada de eso.

—¿Ruso?

—Luego lo sabréis.

—¿Conque es ruso? ¿Y cuándo llegará?

—Ya debería haber llegado.

—Se hace esperar demasiado.

—¿Y no sabe que hace ya veinte minutos largos que estamos en brasas?

—¡Será un gran personaje!

El buen Próspero, acometido por aquella trinidad turbulenta y famélica, no se defendió; pero recogíendose en un tranquilo silencio, sostuvo el choque con sonrisa maliciosa.

Próspero era lo que se llama un hombre de experiencia; tendría media docena de años más que cada uno de nosotros, pero parecía de más edad por cierta indiferencia filosófica que lo engrandecía á nuestros ojos; había renunciado muy pronto á las dulzuras (él decía *á las miserias*) de la vida desarreglada, y recluídose en su pueblo natal, viviendo junto á su lago y sus montañas y con sus costumbres patriarcales. Tenía ya el acento, los modales, la serenidad de un hombre maduro; su filosofía de treinta años, le servía á maravilla, y expresaba con complacencia la jactancia de haberse despojado de todo.

Sin embargo, en aquella solemne apostasia de la juventud, Próspero había hecho una excepción en favor de sus antiguos amigos, de los compañeros de sus primeras calaveradas, á los que conservaba particular cariño. Además había conservado en el fondo de su pecho un culto á la más generosa divinidad del Olimpo, á la cual sacrificaba con frecuencia excelentes vinos que se mandaba traer del Monferrato; la pipa y su perro, viejo perdiguero de pelaje leonado, que atendía al nombre de *Reverendo*, completaban su existencia. A juzgar por lo que exteriormente parecía, no ha habido en el mundo un hombre más feliz que Próspero.

Ricardo era el reverso de la medalla; impaciente, descontentadizo siempre; alegre, pero con esa alegría convulsiva y espasmódica que llega á malhumorar á los demás; locuaz y ameno en su conversación, pero á menudo maldiciente y sarcástico. Era feo, pero no se preocupaba por ello; había logrado convencerse de que la fealdad es indicio de gran talento, y con frecuencia intentaba persuadir también á los demás con circunloquios que hacían sonreír por su peque-

ñez. A pesar de esto, Próspero le profesaba mucha amistad, y salía siempre á su defensa diciendo que en el fondo era hombre de buen corazón. Tal cual parecía, Ricardo no me gustó nunca; él lo sabía y procuraba vencer mi repugnancia hacia él, lo cual le valía mi indulgencia, ya que no mi cariño.

Anselmo era muy diferente. Habíamos sido compañeros de colegio en esa edad que está tan próxima á la juventud que casi se confunde con ella, pero que conserva todavía la jactancia de la adolescencia; nos habíamos mirado con recelo y nos habíamos jurado cada cual de por sí sentir mutua antipatía; andando el tiempo, la casualidad nos acercó, y nuestros corazones juveniles habían notado cierta mancomunidad de latidos que debía estrechar indisolublemente los lazos de la amistad. Fuimos inseparables, en la escuela, en la calle, en el campo—en el campo, unidos, solos, con el corazón lleno de afectos sencillos, los labios abundosos en ingenuas confesiones, de propósitos elevados...—Nos separábamos besándonos como dos enamorados al llegar á nuestras casas, y nuestras últimas palabras eran: *Hasta mañana*. Aquel tiempo pasó rápidamente; transcurrieron algunos años; la suerte, que se había complacido en reunir nuestras existencias, aflojó bruscamente los vínculos que las enlazaban; separados por la fuerza de los acontecimientos en diferentes países, seguimos sin embargo queriéndonos, haciendo revivir en nosotros el pasado, recordándonos y recordando. En cierta ocasión anduvimos las leguas que nos separaban para abrazarnos, y visitamos todos los sitios que habían sido testigos de nuestros primeros entusiasmos. Mas ¡ay!, ¡cómo había cambiado ya entonces nuestro corazón! Pero en nuestro cariño no había mudanza. Yo consideraba con dolor la transformación sobrevenida en mí, é interrogaba en el rostro de mi amigo aquellas arrugas precoces que la soledad y la tristeza habían impreso en él. ¡Ah! ¡Por qué no habré estado siempre á su lado!

Transcurrieron más años: Anselmo vino á verme con motivo de estar de paso para Suiza, adonde iba á pasar una temporada.

—¿Solo?

—Solo.

Jamás había turbado la imagen de una mujer el cariño que me tenía.

—No estarás solo, le dije; te acompañaré.

Y así lo hice.

Había comprado una pequeña quinta en un collado á dos millas de Lugnano y allí pasamos unos cuantos días. Cuando volví á Milán, llevaba la íntima convicción de que Anselmo estaba enfermo, y así se lo escribí.

«Necesitas un afecto, una pasión; tu apatía te mata.»

Contestóme bromeando que su apatía procedía del vientre, y que se proponía emprender excursiones alpestres para contener la tendencia adiposa de su temperamento.

Cuando volví á Lugnano dos años después con ánimo de pasar allí algunas semanas, encontré á Anselmo y me pareció algo cambiado. A su hipocondría había sucedido una dulce tristeza; era más cariñoso, más sereno, más bello. Había vendido su quinta, en la que, según decía, se había aburrido hasta la desesperación, y se había dedicado un poco á frecuentar la sociedad.

—Perfectamente, le dije; no te falta más que un amor.

Se encogió de hombros y se sonrió.

La víspera de San Carpóforo me había dejado y trepó por las colinas con su escopeta sin decirme adónde iba ni invitarme á acompañarle; satisfecho con la feliz transformación sobrevenida en su espíritu, ni siquiera había puesto mientes en ciertas vacilaciones que no debían carecer de significación en un alma cándida y abierta como la suya.

Cuando le encontré en casa de Próspero, la alegría inesperada me sirvió de compensación de la contrariedad sufrida la noche anterior; se lo dije así y me contestó apretándome en silencio la mano.

—En verdad, dijo Próspero contestando á la pregunta que se le había dirigido, es un gran personaje.

—Algún gran dignatario, ¿eh?

—El primero en su tierra.

—Algún rico propietario que se distrae viajando.

—El más rico de su tierra, y precisamente viene á distraerse.

—Un capitalista.

—O quizá un magistrado.

—Lo uno y lo otro, contestó Próspero sonriendo con la misma sonrisa de malicia.

En esto resonaron pasos mesurados, abrióse con ruido la puerta de la sala y en el umbral apareció erguida una mole enorme.

—¡Sempronio!, exclamé conociendo al coloso.

—¡Sempronio!, repitieron dos voces como un eco, mientras Próspero, saliendo al encuentro del recién llegado, le tendía la mano riéndose de nuestra sorpresa.

—¡Bien venido, Sempronio!, gritamos todos á una.

—Un momento, dijo Sempronio con su voz estentórea.

Y volviéndose á Próspero y á Ricardo añadió:

—He traído un antiguo conocido, á quien corresponden por derecho los honores de la hospitalidad.

Y dando un paso en la sala, mostró detrás de sí á su compañero.

Una leve exclamación de asombro acudió á los labios de todos.

—¿Le conoces?, me preguntó Ricardo que estaba á mi lado.

—Sí..., es decir, creía que...

—Lo conocerás, me susurró al oído con su inflexible acento de sarcasmo; Sempronio nos ha hecho un buen regalo por cierto, y no podríamos estar mejor servidos para celebrar la fiesta de San Carpóforo.

Oí estas palabras sin hacer caso de ellas; mis ojos, mi pensamiento estaban exclusivamente fijos en el inesperado comensal. Aquel traje negro, aquel rostro joven todavía, aquellos labios sonrientes con sonrisa impregnada de melancolía... ¡Era él, el meditabundo compañero de viaje encontrado por la mañana en la toldilla del *Celesio*!

* *

Permaneció un breve rato erguido é inmóvil; luego se adelantó con desenvoltura, y cuando hubo estrechado la mano á los amigos y pronunciado con cierta parsimonia los cumplidos de costumbre, se retiró al hueco de una ventana, donde Ricardo se acercó á hablarle.

El sentimiento profundo que poco antes me inspirara aquel hombre, se había debilitado mucho al volverle á ver. La caprichosa veleidad de la suerte que presentaba de nuevo ante mis ojos á aquel enigma viviente, me hacía más exigente. «No dejaré de darme á conocer—me repetía la razón.—Al fin y al cabo no es otra cosa sino un hombre como tú, como Sempronio y como Ricardo; un hombre que siente y habla y come como todos los demás..., pronto lo verás. ¡Qué extrañas majaderías eran las tuyas! A poco más te imaginabas ver en él un héroe de novela. Pues has de saber que tu taciturno compañero era uno que se aburría como tú; y sus labios desdeñosos, como los de un hombre á quien cruzan por la mente mil téticos pensamientos, ocultaban una serie de dientes afilados, y su traje negro abotonado, un estómago como el tuyo, que muy luego verás en ejercicio...»

Todo esto me decía la razón, aunque no puedo asegurar si entraba en ello por algo el despecho. Conviene saber que mi desconocido me había saludado al verme con un ademán de cabeza, cortesía imprescindible entre desconocidos; pero no para mí, que al menos me creía en el derecho de ser reconocido.

Ricardo había entablado en tanto la conversación con el incógnito, el cual no parecía prestarle gran atención; pero él había dado rienda suelta á su locuacidad y proseguía sin detenerse.

—De seguro que habla mal de alguien, pensé.

Y me acerqué inconsideradamente á la ventana. Al llegar junto á Ricardo, fingí no dirigirme más que á él.

—Decía al Sr. Castelli...

Lo que Ricardo acababa de decir al Sr. Castelli me tenía sin cuidado; mas como el Sr. Castelli estaba allí, á mi lado, parecióme un deber de urbanidad volverme hacia él y saludarlo.

—No quisiera equivocarme, pero me parece que ya nos conocemos, dijo contestando á mi saludo.

Estuve por soltar una herejía.

Si una mujer hermosa me hubiese dicho de repente: «Sepa usted que le amo,» la noticia no me hubiera embarazado tanto como me embarazaron aquellas sencillas palabras.

—Me parece..., es verdad...

—Hemos viajado juntos, añadió el señor Castelli, y no dijo más.

Próspero se acercó á nosotros, y dándome familiarmente golpecitos en el hombro, anunció que íbamos á sentarnos á la mesa.

* *

Poco antes, no podía resignarme á creer que el señor Castelli fuese un hombre como todos los demás; sin embargo, desde que ya no era para mí un desconocido, su novela (porque se me había metido en la cabeza que había de tener una novela) había desmerecido mucho.

Me había sentado precisamente enfrente de él, y á fuer de observador escrupuloso y diligente, conté los bocados que había comido y sabía con exactitud cuántas veces había dicho «gracias» á Sempronio que estaba á su lado y le servía de beber con una regularidad llena de cortesía. De mis observaciones deduje que el señor Castelli había comido poquísimo y bebido mucho; que no había tomado parte alguna en la conversación, la cual no languideció un momento, gracias á Ricardo, que, á tuerco ó á derecho, hallaba siempre modo de decir algo.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando yo, recorriendo mentalmente todas las tonterías de aquella mañana, torturaba mi cerebro para completar el estudio psicológico que tan ocupado me tenía.

«No cabe duda, decía para mí; este no es un hombre vulgar; ese labio superior contraído, esa frente dilatada y esas arrugas que se juntan en una faja horizontal en el punto de unión de los arcos superciliares, indican índole melancólica y pensativa, ánimo suave y benigno. Juro que si la ciencia de Lavater tuviese aún algún incrédulo, tomaría sobre mí el trabajo de hacerlo creyente con este solo ejemplo. Ahora, quién sea el Sr. Castelli y qué clase de misterio oculta, eso no puede decirlo la ciencia de Lavater, pero no dejaré de averiguarlo. Porque no puedo dudar un punto que oculta un misterio, pues con esa cara y con esos modales entre finos y selváticos, y con esa taciturnidad con que está comiendo, me parece más bien un héroe de leyenda que un digno admirador de San Carpóforo... Por lo demás, ha apurado bastantes copas, y esto creo que le ha de granjear el aprecio del santo.»

Al llegar á este punto de mi monólogo, Ricardo, que estaba sentado á mi lado, me tocó con el codo guiñando los ojos del modo truhanesco y lleno de expresión que le era propio. Miré alrededor, y no viendo nada de particular, volvíme á Ricardo, que ni momentáneamente había cortado el hilo interminable de su charla.

—Ya estamos, me dijo en voz baja.

Y continuó á más y mejor en la argumentación que sostenía con Sempronio.

Sin hacerle más caso, volví á mis primeras indagaciones.

El Sr. Castelli se había puesto ceñudo; era un comensal bastante raro; tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y la vista fija en la mesa, y parecía enteramente ajeno á cuanto se decía en torno suyo.

Picóse más y más mi curiosidad; examinando atentamente su rostro, veía ó me parecía ver en él las huellas de un dolor inmenso, y entonces se me hacía ostensible una visible contracción de los labios que se traslucía entre la sonrisa y la mueca, y quizás era la una y la otra. ¿A quién sonreía de tal modo?

Sempronio, Próspero, Anselmo y Ricardo, este último sobre todo, continuaban en tanto cuestionando; la comida llegaba á ese punto en que la lengua prurrupe en el himno del estómago lleno; los chistes brotaban de los labios de cada cual como fuegos artificiales, y las copas rebosantes de vino de Jerez brillaban como lucientes topacios...

De pronto sentí otra vez el contacto del codo de Ricardo.

—Ya estamos, me repitió de pasada.

Y en verdad, parecía haberse obscurecido más el rostro del Sr. Castelli, y su vista vagaba extraviada. Sempronio, que estaba á su lado, le miraba de vez en cuando á hurtadillas, y á la cara de nuestro coloso traslucía una cariñosa y compasiva tristeza.

Después de titubear un tanto, le vi inclinarse hacia el Sr. Castelli y hablarle en voz baja al oído.

—Ya estamos, me dijo Ricardo por tercera vez.

«Vete al diablo,» pensé.

El Sr. Castelli levantó la cabeza, miró con calma alrededor, y en seguida se levantó y salió del comedor sin decir una palabra.

Sempronio salió tras él después de dirigir á Próspero una mirada de inteligencia.

La orgía quedó un rato silenciosa. Parecía que aquel caso sencillísimo hubiera disipado de repente las imágenes del vaso.

Mis compañeros debían estar más enterados que yo de lo relativo al Sr. Castelli, y sin embargo, no fui yo el último en conmoverme por las ignotas pesadumbres que trabajaban el ánimo de aquel hombre.

Proseguir la vana charla de antes sin aludir de algún modo á mi desconocido, no era posible después de tanto silencio. Próspero, que á fuer de buen anfi-

trío debía sentir más que nadie aquel incidente, fué el primero en hablar.

—¡Pobre joven!, exclamó con acento de profundo disgusto.

—¡Pobre joven!, repitió Anselmo llenándose la copa.

Esta acción de Anselmo me llegó al alma: él, tan bueno, había pronunciado aquellas compasivas palabras con tanta indiferencia, que me sublevó. ¿Se había vuelto egoísta durante el año que pasé últimamente sin verle? No era creíble. Y sin embargo, había ocurrido una gran mudanza en su porte, en sus hábitos y hasta en su carácter. Tenía ademanes, distracciones, silencios nuevos; vacilaciones y sonrojos,



Y dando un paso en la sala, mostró detrás de sí á su compañero

desconocidos hasta entonces de su alma sencilla; su melancolía era todavía profunda, mas parecía menos vaga, había adquirido contornos más marcados; hubiérase dicho que estaba triste, no ya por naturaleza, sino por algún motivo oculto. ¿Tenía ante mí, en mi antiguo amigo de la infancia, otro secreto que leer, otro dolor que sanar? Pero ¿contaba yo aún con mi antiguo amigo de la infancia?

—¡Pobre joven!, añadió Ricardo con acento irónico; el Jerez se le sube á la cabeza...

Y se echó á reír con esa risa seca que lastima el oído sin comunicarse al alma. Nadie hizo eco á tan inoportuna hilaridad, y Ricardo, que notó su mal resultado, se apresuró á añadir:

—No he conocido criatura más extraña que ese señor Castelli; palabra de honor.

—¿Y quién es ese señor Castelli?, pregunté dirigiéndome á Próspero.

—¿Quién es?, replicó Ricardo; voy á decírtelo; es un hombre que se aburre y aburre á los demás...

—Es un infeliz, interrumpió Próspero con dulzura.

—Sí, si los locos son infelices, porque es un loco.

—Es sencillamente un hombre melancólico.

—¡Brava melancolía, que corre de banquete en banquete é interroga treinta veces en una misma comida el fondo del vaso! Créeme, Próspero, yo entiendo bastante de estas cosas, y puedo decirte que el señor Castelli es un loco, y lo que es peor, un loco que se embriaga.

—Pero, en resumidas cuentas, objeté; todo eso no me explica quién es el señor Castelli.

—Voy á decírtelo, voy á decírtelo... El señor Castelli es un hombre sobre cuya conciencia pesan dos graves culpas; la primera, haberse casado; la segunda, llorar la muerte de su mujer. Convendrás conmigo en que cuando uno reniega del sentido común y de la suerte hasta tal punto, es loco de atar.

—No te entiendo.

—Pues hablaré con más claridad: el señor Castelli tiene treinta años y hace seis meses que se ha quedado viudo. En vez de alegrarse de su buena suerte, pasa gimiendo día y noche, porque de seguro no hay noche que no gima; no parece sino que su difunta esposa se complace en visitar en la hora del silencio el tálamo nupcial, y que se le aparece en sueños como una visión. Cierto que el viudo ha procurado distraerse, y pone todavía buena voluntad en ello; es comensal de todas las orgías, y se ha entregado á la buena vida del soltero; pero aún apesta á marido... Añade á esto que para distraerse mejor, recurre á la bebida, el mejor medio para todo hombre de bien, mas para él, ¡ya, ya! El vino le pone tenebroso, y adiós buenos propósitos.

—No te entiendo.

—Pues hablaré con más claridad: el señor Castelli tiene treinta años y hace seis meses que se ha quedado viudo. En vez de alegrarse de su buena suerte, pasa gimiendo día y noche, porque de seguro no hay noche que no gima; no parece sino que su difunta esposa se complace en visitar en la hora del silencio el tálamo nupcial, y que se le aparece en sueños como una visión. Cierto que el viudo ha procurado distraerse, y pone todavía buena voluntad en ello; es comensal de todas las orgías, y se ha entregado á la buena vida del soltero; pero aún apesta á marido... Añade á esto que para distraerse mejor, recurre á la bebida, el mejor medio para todo hombre de bien, mas para él, ¡ya, ya! El vino le pone tenebroso, y adiós buenos propósitos.

En esto Sempronio volvió á entrar en el comedor.

Pero entró solo. ¿Dónde se había quedado el señor Castelli?

—¡Ah! Aquí tienes quién podrá darte más detalles, añadió Ricardo.

Sempronio meneó la cabeza con ademán de desaliento y volvió á sentarse en su sitio.

—¿Se encuentra mal?, pregunté. ¿Podemos servirle de algo?

—Gracias, me contestó Sempronio, no necesita nada.

—Bien lo decía yo. No necesita nada. ¿A qué adiuvino lo que hace en este momento?

—¿Qué hace?

—Llorar, desahogarse, deshacerse en lágrimas como un becerro.

Estas palabras, pronunciadas con tanta ligereza, penetraron dolorosamente en mi corazón. En aquel acento de mofa estaba retratada la indiferencia de la humanidad por las miserias del prójimo. Dirigí á Ricardo una mirada desdeñosa y guardé silencio.

Durante aquel diálogo, Anselmo había permanecido callado. ¿Qué pensaba?

Poco á poco se fué reanimando la conversación, los tapones saltaban al aire, las copas llenas chocaban...

Tres horas después todavía estábamos sentados á la mesa; Anselmo se había recostado en el respaldo de la silla; Próspero y Sempronio discutían fervorosamente; yo pensaba en mi desconocido, y de vez en cuando echaba una ojeada á la puerta por donde había salido, esperando verlo entrar de nuevo.

Y la voz ronca de Ricardo se elevaba sobre las demás cantando himnos en honor del patrón del pueblo.

II

El Sr. Castelli habla

Cuando Próspero, queriendo calmar nuestra impaciencia y mantener al mismo tiempo viva nuestra curiosidad, nos anunció la llegada de un forastero rico, gran dignatario y capitalista á la par, no mintió. Sempronio, el gigantesco Sempronio, era precisamente todo esto.

Es por cierto rara condición la del pueblo natal de Sempronio.

Figúrese el lector que la noche menos pensada se les ocurriera á todos los habitantes de una aldea del lago de Como cruzar la montaña, bajar á la orilla del lago de Lugnano é instalarse allí sin dárselos un ardite de las miserias del derecho de gentes, y tendrá una idea de lo que es Campione con sus cuatro palmos de territorio y con su población de doscientas almas entre ancianos, mujeres y niños. Y en esta tierra italiana, rodeada por todas partes de agua y de montañas republicanas, es donde Sempronio mantiene incólume el honor de la bandera y del gobierno monárquico-constitucional. Alcalde, recaudador de contribuciones, administrador de correos, juez de paz, capitalista, industrial, es, en nombre de S. M. el rey de Italia, el alma, la vida, el sostén de aquel pequeño mundo.

Tomábamos á fuerza de remos la vuelta de Campione en una pesada lancha, y Sempronio, que iba sentado á mi lado, me contaba que en tiempos pasados las aguas y la montaña opuesta á Campione formaban también parte del territorio italiano, que esto le había ocasionado muchas contiendas y disgustos, y que por último un convenio entre los dos gobiernos había dirimido satisfactoriamente el antiguo litigio.

Había cerrado la noche, llena de susurros y de estrellas, una de esas noches tan frecuentes en el mes de agosto; el lago reflejaba en largas oscilaciones las mil luminarias del cielo; Lugnano escalonaba enfrente de nosotros sus trémulas lucecillas que con dificultad rompían el espesor de las tinieblas: una paz infinita reinaba en torno; desde la vecina orilla llegaba hasta nosotros la prolongada estridulación de los insectos, y la sumersión acompañada de los remos y el murmullo plácido de la onda abierta por la proa completaban el acorde sublime de la naturaleza.

Pero yo no paraba mientes en ello; y aun cuando Sempronio hubiera accedido á hacerme gracia de la narración de las prácticas internacionales de los dos gobiernos, creo que tampoco habría fijado mi atención en aquella armonía.

Conviene saber que muy cerca de mí, y precisamente en el mismo extremo de la proa, estaba sentado el Sr. Castelli, que levantada la cabeza, interrogaba hacia rato los astros.

(Continuará)

LAS MARAVILLAS DE LA CIRUGIA MODERNA

Antes de tratar de describir las más recientes y sensacionales proezas de la cirugía moderna, tales como operaciones en el cerebro, en la medula espinal y en el corazón, ha de decirse algo de las conquistas anteriores de la ciencia, sin las que esas y otras operaciones de menor importancia no hubieran podido llevarse á cabo.

Habían los cirujanos, después de siglos de observaciones y experiencias en los animales, adquirido un considerable caudal de conocimientos anatómicos y fisiológicos. Podían amputar un miembro estropeado, sabiendo qué arterias debían ligarse y dónde estaban. Ambrosio Paré, el gran cirujano francés, substituyó al cauterio la ligadura. Pero la cirugía del tronco y de la cabeza, es decir, de las partes principales del cuerpo, no existía, porque el dolor, sin mencionar otras importantes consecuencias, la hacía imposible. Vino primero á combatirlo el dentista americano Morton con el éter, y luego, en 1847, Sir Jaime Simpson, de Edimburgo, después de una larga serie de atrevidas experiencias en sí mismo, descubrió la propiedad anestésica del cloroformo, descubrimiento que suscitó en el clero y entre los mismos médicos violenta oposición. La reina Victoria, con su característico valor, consintió en que se le administrase el cloroformo al dar á luz, y desde aquel momento la anestesia obtuvo la victoria. Hoy es una de las más importantes funciones de la cirugía; muchos especialistas se dedican exclusivamente á ella, y pueden los cirujanos de Viena jactarse de que en 30.000 operaciones sólo dos pacientes sucumbieron á causa de la anestesia.

Tratemos ahora de la bacteriología aplicada á la cirugía. Si Pasteur no hubiera vivido, la cirugía moderna no existiría. Demostró la conexión que hay entre las bacterias y la fermentación, que hasta entonces se creía producida por el oxígeno del aire. Mr. José Lister añadió á los de Pasteur nuevos experimentos hechos en los animales, y continuó luego haciéndolos en sus enfermos. Sabiendo que el ácido carbónico mataba las bacterias, lo empleó en la curación de las heridas, y cuando era de temerse que, con arreglo á las ideas reinantes, sucumbieran los pacientes, se les vió curarse. Hoy el tratamiento antiséptico es el alma de la cirugía y de la obstetricia. En esta última, especialmente, la aplicación de ese sistema ha disminuído en tanto grado los peligros del parto, que la mujer tiene hoy más probabilidades de vida que el hombre, justamente lo contrario de lo que ocurría hace treinta años, que viene á ser la edad que tiene ese tratamiento, nacido en Edimburgo en el período de 1869-1877.

Entrando á especificar algunas operaciones recientes, principiaremos por una que salva dos existencias. Me refiero á las varias formas de la operación cesárea, llamada así porque, según se dice, hubo que recurrir á ella para que César viniese al mundo. Baste decir que esta operación, á la que antes sólo se recurría en casos extremos y casi siempre implicaba la muerte de la madre, se ha efectuado hasta tres veces en una misma persona y sal-

vando en ellas también á la criatura. Hasta hace pocos años, la manera usual de practicar esa operación era tal, que imposibilitaba de todo punto que una misma persona la sufriese dos veces; hoy, el operador hábil puede repetirla indefinidamente en la misma paciente.

La cirugía del corazón está aún en un estado embrionario, pero la relación de un caso operado recientemente en Alemania indicará suficientemente de cuánto es capaz la cirugía moderna. Cuando, tres cuartos de hora después de recibida la herida, vieron los médicos al paciente, estaba moribundo. La herida había perforado la aurícula derecha y su situación estaba claramente indicada por un chorro de sangre,

moderna podía localizarlo por la sombra proyectada en una pantalla colocando la cabeza en la trayectoria de dichos rayos. Suponiendo haberse hallado el tumor, puede éste ser grande y necesitarse gran abertura para extraerlo. Es expuesto abrir en el cráneo un boquete de nueve pulgadas cuadradas, por ejemplo; pues bien, últimamente, Mr. Colterill, cirujano de Edimburgo, ha ideado un sistema ingenioso por medio del cual un cirujano puede levantar un trozo, no sólo del cuero cabelludo, sino del hueso subyacente, del tamaño que se quiera y sin que se altere la nutrición sanguínea del hueso. Hecha la operación, se pone en su sitio la tapa levantada y á los pocos días está ya el cráneo tan sólido como antes.

Este sistema es lo mismo que proceder deliberadamente á efectuar una fractura complicada del cráneo, y antes de Lister, la fractura complicada de un brazo ó de una pierna significaba pérdida del miembro ó de la vida, pues nada había más favorable á las bacterias. Ese mismo cirujano en una operación causó al paciente cuatro fracturas complicadas, con los más felices resultados. Era un muchacho raquítico, con ambas rodillas deformadas. Rompió cada pierna por dos partes, puso en línea recta los dos pedazos, curóse la deformidad, el joven pudo andar, aumentó su estatura en algunas pulgadas y todo esto por medio de una operación que, cuarenta años antes, le hubiera ocasionado infaliblemente la muerte.

Citaremos otro caso que demuestra cuánto debe la cirugía á la fisiología experimental. Un paciente consultó á un neurólogo de Edimburgo sobre una parálisis de las piernas y varios otros síntomas, entre ellos la pérdida de la sensibilidad en determinada extensión de la piel. El médico diagnosticó una neuritis alcohólica, con alguna otra cosa más, porque la pérdida de la sensibilidad no suele ser síntoma de esa enfermedad. El enfermo, después de un largo período de abstención de bebidas alcohólicas, volvió á consultar, pues aún le quedaba la parálisis de un pie y la referida pérdida de sensibilidad. El médico consultó las enseñanzas fisiológicas y vió, por la especial combinación de síntomas, que la causa podía ser únicamente una presión en sitio determinado de la medula espinal. Y conociendo qué punto determinado de determinada vértebra de la espina dorsal correspondía exactamente al sitio indicado de la medula, hizo que un cirujano extrajera la parte correspondiente de dicho hueso, y se vió que el pedacito de éste estaba más abultado de lo natural y oprimía la medula. Al día siguiente el paciente movía el pie y había recobrado la sensibilidad perdida.

Respecto á la cirugía del sistema digestivo, la operación más perfecta reciente es la de la gastrotomía, que consiste en establecer una boca artificial en el estómago del enfermo, por medio de la cual puede

alimentarse por largo tiempo cuando está obstruído el conducto ordinario.

Por otra parte, se ha extirpado ya con frecuencia y con éxito favorable el estómago por completo, aumentando en peso el paciente después de haber perdido un órgano que el público continúa aún creyendo equivocadamente que es el principal, si no el único, de la digestión. En realidad, el proceso esencial

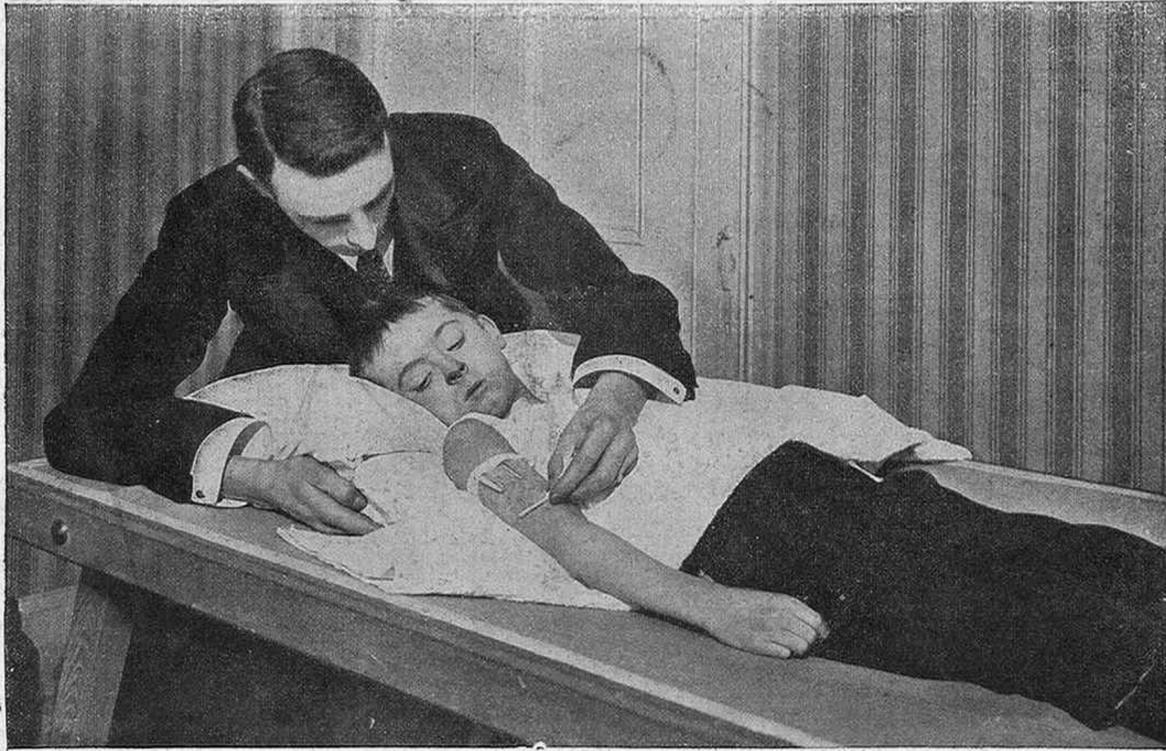


Fig. 1. - Tratamiento de una enfermedad maligna de la piel por las aplicaciones del radium

que forzosamente saltaba á cada contracción cardíaca. Hízose una sutura á través de la gruesa masa muscular que constituye el vértice del corazón y pudo así traerse hacia fuera todo él, pudiendo el atrevido operador cerrar la herida con tres puntos de seda.

Al poco tiempo, el cirujano Schwerin presentaba á la Asociación quirúrgica alemana al hombre del corazón atravesado, completamente restablecido y dedicado á su profesión de carnicero. Así es que hoy pueden los cirujanos asegurar que salvan la vida á

debe la cirugía á la fisiología experimental. Un paciente consultó á un neurólogo de Edimburgo sobre una parálisis de las piernas y varios otros síntomas, entre ellos la pérdida de la sensibilidad en determinada extensión de la piel. El médico diagnosticó una neuritis alcohólica, con alguna otra cosa más, porque la pérdida de la sensibilidad no suele ser síntoma de esa enfermedad. El enfermo, después de un largo período de abstención de bebidas alcohólicas, volvió á consultar, pues aún le quedaba la parálisis de un

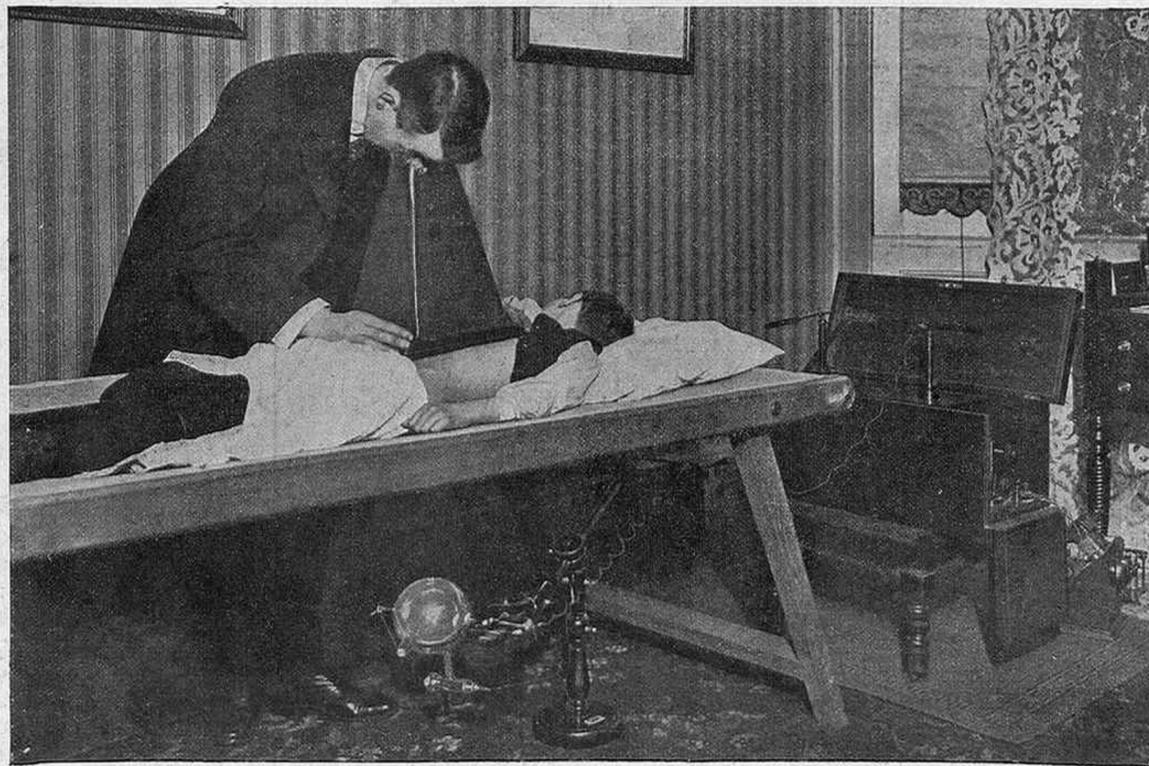


Fig. 2. - Aplicación de los rayos Roentgen á la cirugía

pesar de que el acero homicida haya penetrado hasta el interior del corazón.

Una de las más recientes é interesantes aplicaciones de los descubrimientos científicos á la cirugía ha sido la de los rayos Roentgen (fig 2) como medio de diagnosticar. Se cuentan varios casos de haberse podido averiguar la situación exacta de un tumor intracranial situado de tal modo, que ni aun la fisiología

alimentarse por largo tiempo cuando está obstruído el conducto ordinario.

Por otra parte, se ha extirpado ya con frecuencia y con éxito favorable el estómago por completo, aumentando en peso el paciente después de haber perdido un órgano que el público continúa aún creyendo equivocadamente que es el principal, si no el único, de la digestión. En realidad, el proceso esencial

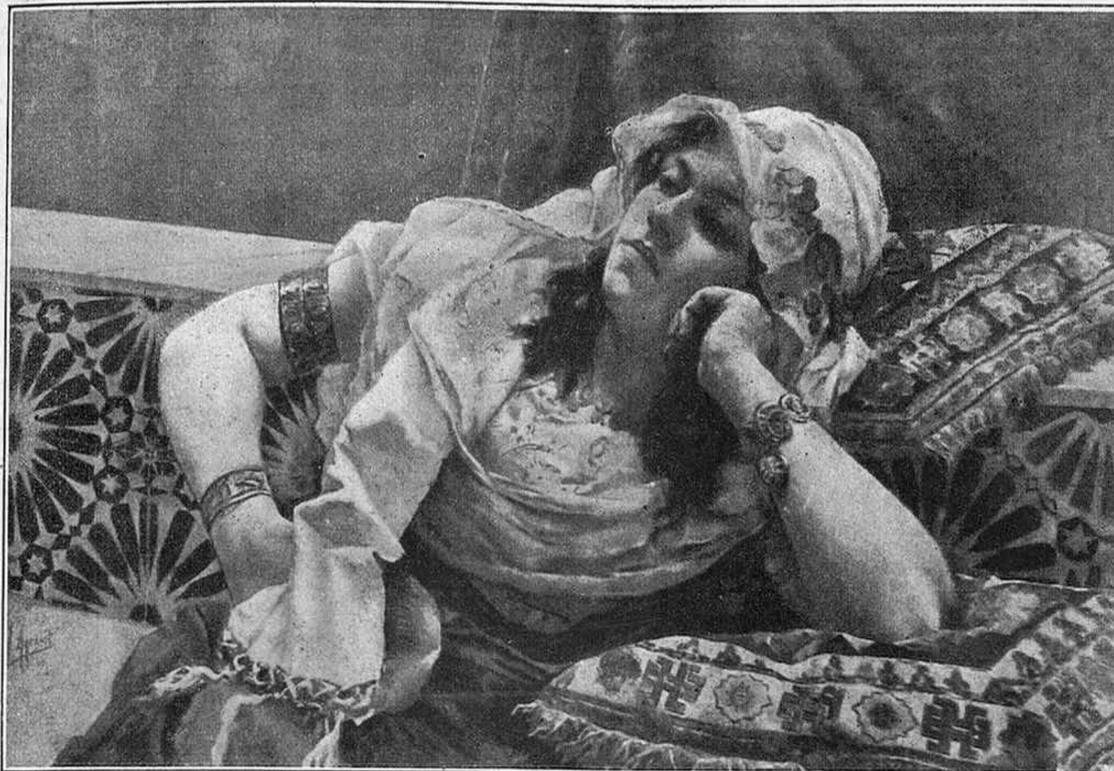
de la digestión se efectúa más allá del estómago; éste es probablemente más bien un depósito que otra cosa. El que ha perdido el estómago tiene, pues, que someterse á la regla de comer poco y con frecuencia.

La más reciente novedad en el campo de la cirugía es el uso del radium, que aún no se halla bien definido, pero que ya ha logrado notables resultados.

En todas partes se está ensayando este nuevo elemento, principalmente en Viena, cerca del lugar de su origen, y en Glasgow; pero habiendo prohibido su exportación el gobierno austriaco, son muchos los cirujanos jóvenes que no pueden emplearlo por no haberse provisto de él á tiempo.

Es indudable que con el radium se han obtenido ya curaciones en varios casos de lupus (tuberculosis de la piel) y de otras formas de afecciones malignas de la misma. En el grabado figura y se ve á un cirujano aplicando un tubo de cristal, que contiene diez miligramos de radium bromado, que valen doce libras esterlinas, al brazo de un enfermo de una afección maligna de la piel, que está ya en vías de curación. Un pedazo de papel de plomo está colocado entre las vueltas del vendaje, sobre el que sostiene el tubo el operador; de otro modo se lastimaría los dedos. Las ema-

naciones radio-activas del radium serán muy pronto ensayadas en forma de inhalaciones en casos de enfermedades de los pulmones; pero eso será una aplicación médica más bien que quirúrgica.



La sultana favorita, cuadro de Joaquín Agrasot

Por lo que hasta hoy sabemos, aparece bastante probable que los usos terapéuticos del radium consisten en una acción antiséptica contraria á las bacterias y otros parásitos, origen de las enfermedades que cura.—C. W.

EL SILENCIO ES ORO

El proverbio afirma que el silencio es oro; pero según un moderno cirujano, es algo más. Así se desprende de la comunicación que hace poco ha dirigido á la Sociedad de Ginecología holandesa un distinguido ginecólogo, M. Mendes de Leon. Según éste, la palabra es séptica, y es muy peligroso hablar durante una operación quirúrgica; y la razón es evidente: hablar es correr el riesgo de arrojar sobre la herida microbios con algunas partículas de saliva, y por ende, de infestarla, haciendo inútiles todas las minuciosas precauciones de asepsia que los cirujanos se imponen á sí mismos é imponen á sus ayudantes. Este riesgo no es imaginario, y de ello ha hecho la prueba M. Mendes de Leon pronunciando 300 palabras delante de una plancha de agar-agar; puesta luego esta plancha en condiciones favorables á la multiplicación de los microbios, ha encontrado en ella 250.000 de éstos, entre ellos estrepitococos y estafilococos.

Por esto, después de esta prueba, el médico holandés ha adoptado la costumbre de no operar sino con una máscara en la boca, máscara de algodón que permite el paso del aire y de la palabra y retiene los microbios.—R.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES de la PIEL

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los medicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

Frasco 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOGES EFLORESCENCIAS ROJECES

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Co. B-St-Denis, 46

Reumáticos y Gotosos!
Tratado curaros con la Legítima

PISTOIA PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.

CURA la GOTA el Reumatismo, el Artritis, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.

En **Marsella (Francia)**. En todas las Farmacias bien surtidas.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

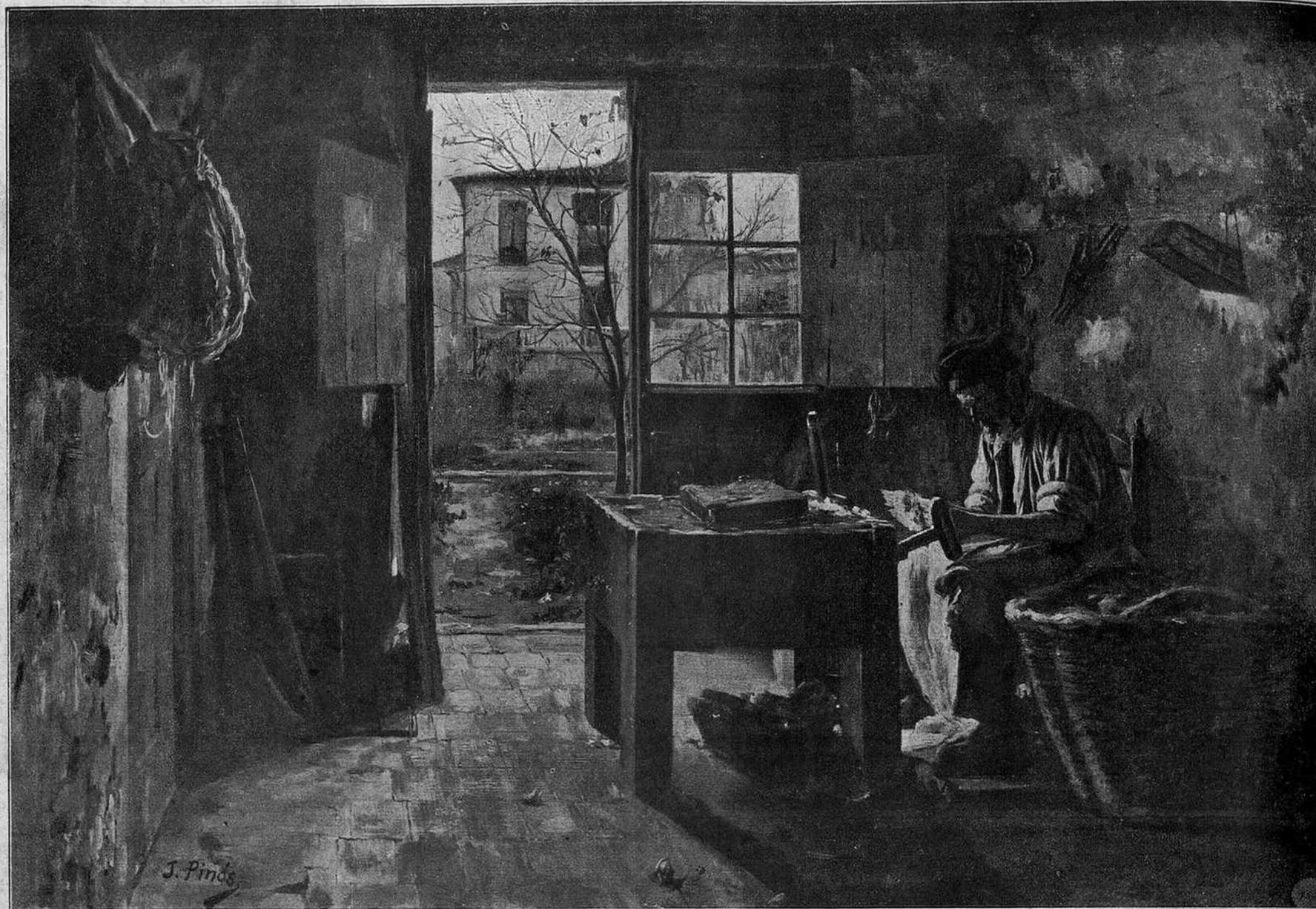
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 paginas

Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILYORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Un remendón, cuadro de Juan Pinós

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B^{II} BARRAL
 • disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE, O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNÉSIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO A LAS SENORAS
EL APIOL DE JORET HONGUE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ta} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS ANEMIA, CALENTURAS, etc.
QUINA-LAROCHE
 Premio de 16.600 francos
 EL MISMO **FERRUGINOSO** EL MISMO **FOSFATADO**
 Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Paris, 20 et 22, rue Drouot y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc. Siete Medallas de ORO

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente a los S^{rs} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.